

Rafael Martínez Arteaga
"El Cazador Novato"

El llano era de nosotros



Rafael Martínez Artega
“El Cazador Novato”

El llano era de nosotros

República Bolivariana de Venezuela

Fundación Editorial



elperroylarana

© Rafael Martínez Arteaga “El Cazador Novato”

© Fundación Editorial El **perro** y la **rana**, 2014

Centro Simón Bolívar

Torre Norte, piso 21, El Silencio,

Caracas - Venezuela, 1010.

Teléfonos: (0212) 7688300 / 7688399.

Correos electrónicos

comunicaciones@fepr.gob.ve

editorialelperroylarana@fepr.gob.ve

Páginas web

www.elperroylarana.gob.ve

www.mincultura.gob.ve/mppc/

Diseño de la colección

Jhon Aranguren

Mónica Piscitelli

Imagen de portada

© Ilse García

Edición

Yuruhary Gallardo

Corrección

Marwelys Pinto

Diagramación

Brigitte Padilla Alliot

Hecho el Depósito de Ley

Depósito legal lf 4022014700499

ISBN 978-980-14-2753-7

IMPRESO EN LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA



Gobierno Bolivariano
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la **Cultura**



colección *Páginas Venezolanas*

La narrativa es el canto que define un universo de imaginarios, sucesos e historias. Esta colección celebra a través de sus series y formatos las páginas que concentran tinta viva como savia de nuestra tierra, esa feria de luces que define el camino de un pueblo entero y sus orígenes, su forma de ser y estar. Las lectoras y lectores podrán acercarse a publicaciones de esta colección en formatos libres para el disfrute del extenso imaginario artístico de nuestra patria.

La serie *Clásicos* abarca las obras que por su fuerza y significación, que trasciende al tiempo, se han convertido en referentes esenciales de la narrativa venezolana.

Contemporáneos reúne títulos de autoras y autores que desde las últimas décadas han girado la pluma para hacer fluir de su ingenio nuevas perspectivas y maneras de exponer sus realidades con la fórmula maravillosa de narrar.

Antologías es un espacio destinado al encuentro de voces que unidas abren caminos al goce y la crítica.

Nota Editorial

Con esta primera edición de *El llano era de nosotros* la Editorial Escuela El perro y la rana quiere sembrar un grano más de sabiduría popular en la tierra memorial de este país que todos los días se reconoce más soberano, que cada día amplía la cosecha para nuestra independencia cultural. Este noble llanero, El Cazador Novato, conocido por sus coplas y contrapunteos en festivales y parrandos en todo el país, nos regala una novela que retrata algunas costumbres que forman parte de nuestro imaginario venezolano –y también del colombiano, pues El Cazador es hombre de ambas tierras–, con una escritura que refleja la expresión autóctona del ser llanero. Intentando preservar el habla con que el autor ha escrito esta novela se ha prescindido de algunas normas gramaticales para dejar libre la oralidad, de manera que el uso de apóstrofes para las contracciones gramaticales ha sido aplicado únicamente en aquellos casos cuya omisión pudiese restar fluidez a la lectura; para el resto de los casos se reconoce que esas expresiones del habla son espejo de la dinámica cotidiana de un pueblo y por esta razón no podemos asumir las como palabras “mal escritas”, cuando es precisamente esa oralidad –aspecto de suma importancia para la verdadera comprensión y recuperación de nuestra cultura– la que nutre y expande nuestra escritura.

Presentación

Jurapal, que en griego significa cacho de toro, fue esa porción del terruño araucano que por allá hacia 1940 vio nacer a Rafael Martínez Arteaga. Y así como ese inmenso llano es el ser que hoy nos transmite las vivencias de nuestros abuelos y quizás sus propias vivencias. Las vivencias de ese llano que un día fuera el símbolo de la libertad y la sinceridad, donde no había linderos ni egoísmos, donde la palabra del hombre era la representación de la dignidad y el respeto; ese llano que era de todos y de nadie.

Y así es su vida: amplia como la sabana, alegre como el revolotear de los garceros cuando llegan los primeros aguaceros y cogen agua los esteros, solidario como el ave que lleva al nido lo que encuentra en su volar para alimentar sus crías, amigo como el caballo que lleva su jinete a su destino sin protesta.

Al recorrer las líneas de esta obra miramos el relato de lo que fue el llano en aquellos tiempos, pero más que ello, vemos el reflejo del prototipo del hombre llanero: sagaz pero íntegro, parrandero pero trabajador, ingenuo pero inteligente.

Y es que siento envidia, sana envidia, por ese ser que tiene la mayor capacidad de amar, de darlo todo a cambio de nada, de servir sin esperar pago, de perdonar y que es feliz si los demás lo son. Si en el mundo hubiese

más personas como el autor, no estaríamos hablando de guerras ni de diferencias sociales, ni de tristezas y preocupaciones.

Es el ser que sólo le pide al mundo un lugar para seguir sirviendo y que al soñar con lo inevitable, sólo pide con humildad:

Que éstos que llaman doctores
no jueguen con mi esqueleto
que no me jendan el cráneo
ni me trituren los huesos,
quiero enterita mi mano
pa seguí escribiendo versos.

La nostalgia de un ayer que deja una huella imborrable en la memoria de quienes aún subsisten y que han visto esa evolución que ha llevado al derrumbamiento de una cultura.

Cómo quisiera de nuevo
en el bongo del recuerdo
navegar por el Arauca
contemplando sus senderos
cada vez más hechiceros
cubiertos de garzas blancas.

HUGO MARTÍNEZ.

A mi llanura...
Madre bondadosa y despreciada
que a tus hijos brindas tus ternezas,
novia seducida con promesas
vives tu ancianidad abandonada,
sin esperar por tus ternuras recompensas
siempre serás Magdalena perjurada.

El llano era de nosotros

El sombrero de ancha ala y la correa, una faja de cuero enchapada con adornos de plata, retratan en Natalio al hombre castizo de aquel llano de ayer. Su pensamiento abarca mucho más del terreno que transitan sus pies y su voz se extiende por caminos y rincones, dejando cabalgar un verso:

Yo quiero morí cantando
porque llorando nací
y como nací llorando
quiero cantando morí.

En aquellos momentos no hablaba el hombre, tan sólo la sinceridad de un pensamiento daba rienda suelta a su mensaje ingenuo y resentido.

Él nació en esos campos y allí esperaba morir, conseguir el amor y más tarde, tal vez, el desprecio, ya que juntos son asiduos seguidores del hombre. En medio de faenas rudas y peligrosas, ver a sus hijos crecer y andar esos mismos caminos que han dejado su raza por tradición y por ley.

Prisionero de tantas y tantas reflexiones, su cerebro carece de la noción del tiempo, pero ruidos que provienen del caño le hacen suspender la marcha. Natalio queda a la expectativa de los acontecimientos, la maleza cruje

en el fondo del monte; sin pensarlo alistó el revólver acomodando el índice sobre el disparador: “Sea lo que sea, le voy a echá más plomo que a una tarraya”, pensó.

El ruido distaba a escasos quince metros de sus pies, con los claros de la luna vio salir una figura humana que jadeante depositaba algo pesado y voluminoso sobre el pasto:

—¡Epa...! ¿Quién anda porai...?

—Yo –dijo otra voz.

—¿Cipriano...?

—Sí...

—¡Cónchale vale...! Qué susto me zampate, yo creía que era Mano Tigre que taba meniando esos bejuqueros, ya que había alistao pa dale gusto al deo –le contestó al momento que se le acercaba para tenderle el brazo.

Cipriano con una sonrisa en los labios murmuró:

—Ah vaina bien gorda fuera sío que me hubieras acomodao una 38.

—¿Una...? Puay hubiera pasao la cuenta; tu salvación fue que no me voy nunca de las primeras, porque soy más reservao que real de viejo.

—Que no eres cobarde camarita –aseguró Cipriano.

—¡Eso sí...! Ni Dios lo quiera. El hombre cobarde ta expuesto a meté la pata en cualesquier momento; es lo mismito que una mujer que la celen.

—Eso es verdá –dijo Cipriano sonriendo– lo mismo que no es capaz de enamorá mujé casá, ni de metese a cuarto oscuro.

—¿Cargas chimó?, –dijo Natalio, al tiempo que le alcanzaba su cajeta– no es lapa, pero tampoco es mala cacería, ta bostozo y fallo de lejía.

—Ta mejor quel mío, que por cierto se me derritió toiiiito al pasá el cañó'e Taparal, que ese zángano ta p'onde lo serruchó el maestro.

—¿Muy hondo entonces?

—No embrome... con decile que no se le ve ni la orilla pues...

—Mira no ta tan malo el chimó como dijite.

—Bueno, yo creo que cuando no hay más, le toca a uno acostase con la mujé. ¿No es verdá?

—Pues sí —contestó Natalio riéndose— aunque uno con la mujé debe jacé lo mismito que cuando sale a buscá res pa matá.

—¿Cómo asina?

—¡Gua! Que cuando no se jaya bien gorda del ganao mañoso o del vecino, antonce toca que matá la de uno y del ganao patiero.

—Ta buena la cuestión, que en la tierra de ciegos el que tiene un ojo es rey ¿no crees?

—¡Pues claro! Y con tal que se eche aunque no se pare. La necesidad camarita, ésa tiene cara'e perro y en tiempo de chubasco en cualquier puerto se atraca.

—¡Ah chico! Y ahoritica que me recordé y que tamos jablando de mujeres, me contaron puay las malas lenguas quisque tenías ganas de echate el lazo'el mono con la hija'el viejo Fausto, con la tal Elauteria ¿es verdá eso?

—Pero... no juñe compa, hay que ve lo jabladora que se ta volviendo últimamente la gente de este vecindario.

—Bueno... mi pregunta no es pa que te calientes, que al fin y al cabo una pregunta se le puede jasé a cualquiera. ¡Caracho!, ni un rey que fueras sío.

—El caso no es ese compa, tú sabes que tú y yo somos los mismos, te mueres tú, quedo yo y punto.

—¿Entonces cuál es la parte que te desincomoda?

—¡Casi na! ¿Qué tal que llegue a saber la chavala ésos comentarios? Ni me hablará después.

—Mala leche, si lo jace pueda que sea hasta por tu bien.

—Pueda que sea asina, pero eso de que lo ten llamando a uno alabancioso cae muy mal. Además que a uno le toca que metéseles blandítico mientras muerden el anzuelo y después del ojo afuera no hay Santa Lucía que valga.

—Déjate de sermones compañero, que yo no voy a misa por no escuchalos. Ultimadamente a mí lo tuyo ni me va, ni me viene; sencillamente he querío sabé algo desos comentarios de camino por una simple curiosidá, y por demá sería decíte que yo no me voy a comé el cuento que andas en son de paseo por estos lugares y a estas horas...

—Mira chico, francamente yo andaba hoy revisando estos montes porque Cirilo me dijo el otro día que si me quería fundá po aquí, que escogiera un sitio que me gustara y que él me daba la carne y el pan por un año.

—¿Eso es todo? —cortó Cipriano secamente— ¡ajá! ¿Y qué tal te parecieron?

—¡No hombre, ni mandaos a jacé! Yo creo que en estas montañas lo único que no se da es lo que se siembre, ¡qué tronco'e banquetas las que tiene! Pa yuca, topocho, mai y plátano; yo creo más, que se van en vicio como verdolaga en playa.

—¡Claro cámara! Si estos montes tan virguitos; tierra pa trabajá es lo que hay por coñazo y tú no debes de pendejiá di hato en hato, ganando un simple jornal. Y estas oportunidades de cuando alguien le quiere ayudá a uno hay que aprovechálas —recalcó Cipriano mirando el cielo cubierto de estrellas.

—Tienes toda la razón y sobre todo ya en estos tiempos, en que el llano era llano de verdá verdá. La tierra era para el hombre que quería surcala y que taba dotao de la suficiente fuerza de voluntá de poné el mondongo pun lao y los pulmones de sol a sol. Cuando le daban toda la facilidad de fundace, le prestaban los bueyes yugueros pa cargá la madera y la palma, la carne libre, el pan y la semilla; hasta vacas pal ordeño y remontás pa que fuera a pueblo ¡pero con esos tiempos, el llano era sumamente rico! Con decíte que había tanto ganao que no valía, lo mataban pa vendé solamente el cuero: la carne le pertenecía a los zamuros.

—Sí señó, yo escuchao comentá bastante puay a los vejestorios esos que ya no tienen ni figura corporal, el gran valor que tenía la pluma de la garza blanca. Quien tenía un garcero, podía decise que era dueño de una mina. Figúrate que una libra'e pluma valía 400 pesos oro y una vaca bien gorda 5 pesos ¡y eso rogaítos!

—¿Y la pluma pa qué la compraban?

—La exportaban, y en esos pueblos del exterior la empleaban fabricando sedas y los lujosos sombreros de las matronas.

—¿Entonces era mejó dedicase a matá garzas?

—Pues claro, con una buena puntería y algo de suerte, en lo que espabila un mono tenía uno pa comprá un hato.

—¡Qué épocas tan bonitas! Quién hubiera podido vivirlas ¿y la plata en qué se gastaba?

—Ahí es donde tiene gracia el cuento hermano, porque ya tú no lo dijiste: ¿en qué?, si todo era baldío, no habían esos caserones que llaman ahora quisque bancos, onde los más avispaos guardan los riales e los más bolsas. Había que enterrarla en tinajas e barro, en la pata diun palo pa que éste sirviera de muestra; pero lo gordo el chivo era que el que se moría dejando tesoros escondíos, quedaba puay en pena dando guerra sin podé abandoná la tierra pa dice pal cielo o pal infierno.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta dase la mano con algún jodío que anduviera solo a altas horas e la noche, y que se amarra los pantalones bien en el puesto pa que se prestara a hablá con el difunto y le dijera la parte exacta en que taba el entierro. Si el jodío la sacaba, salía e pobre y el muerto salía e penas.

—Bastante interesante lo que me ha contaó camarita, tú sí que sabes historias.

—¡Sí! Porque yo me he preocupao por conocé las costumbres de mi raza.

Natalio y Cipriano, cobijados por el hipnotismo de sus interesantes conversaciones, habían perdido la noción del tiempo.

La luna, cual fugitiva hechicera, surcaba el ancho cielo, bebía el néctar de las flores silvestres y robaba el veneno de los montes para tenerlo escondido entre sus senos.

Las aves nocturnas llegaban al clímax de sus aventuras y los garceros en silencio se retrataban en el cristalino fondo de los esteros.

Una fuerza oculta vuelve a la realidad a nuestros personajes:

—Cónchale Nata —exclamó Cipriano— nos pusimos a jablá más quiun buboso cuando la cura es con sal, y se me van a estripá estos dos pavos que traigo aquí, de ñapa le podemos desafilá los colmillos a una cuatronarí. Vamos andando y puel camino me cuentas cómo es la cosa de lo de la hija e Fausto y cómo coño vas jacé pa chupate ese bombón.

—Vámonos pues —contestó Nata, mostrándose resuelto a iniciar la marcha— te aseguro que hora sí te voy a cantá la verdá en pasta. Sería yo un gran carajo si negara que la muchacha me gusta más que

levantarme tarde, pero yo no he sío capaz'e declarámele, le tengo miedo, pena, en fin'e cuentas que no sé qué jodía es lo que me pasa.

—Tas matao vale; con esa policía no vas a llevá a naiden a la cárcel, te lo digo por experiencia, no porque yo aiga sío un hombre jembrero, porque a mí me ajustaron las cuentas cuando apenas comenzaba a sé un hombrecito, pero lo que sí es que las mujeres son jodías y cuando se dan'e cuenta que uno ta enamora de ellas y no les asusa los perros, se vuelven más orgullosas que negra con ropa fina y comienzan a dale celos a uno con el primer mapleto que encuentran. De otra cuestión que toy seguro sin facha ninguna es que las mujeres son lo mismito que las curiaras.

—¿Cómo asina?

—A pues, que si no se las coge la popa no caminan.

—Hora sí te voy entendiendo mucho menos.

—Bueno, yo no sé si es que te ta pasando como a los muertos, que cuando jayan quien los cargue se jacen los pesaos. Lo que sí te voy a decí es que si te sigues jaciendo el bolsa te vas a quedá sin el perro... y sin el tramojo, y la pichona te va ha dejá con la sal molía, ¿no te parece?

—Que es igualito acostase uno sin cená habiendo comía en la casa ¿no es verdá?

—Poco más o menos, es el mismo son, pero con diferente zapateo —dijo Cipriano en tono de burla.

—Te voy a confesá algo que me sucede: en resumidas cuentas yo toy más confundío que los que taban jaciendo la torre de Babel. ¡No juegue! Cuando voy pa su casa los domingos, ni un poeta me gana enamorando, pero eso en el camino, en despué que la veo, no soy capaz'e decile un carrizo ¿qué crees tú que pueda se eso?

—Que te gusta de verdá pa Dios, a yo me pasaba lo mismito con la que es hoy la mamá de mis nueve suticos, en esos tiempos yo era piñ mensual en el fundo del papá de ella; me gustaba bastante la pichona y era más celoso que una vaca recién paría; cuando llegaban los zánganos de Malariología y se zampaba con ellos a fumigá el cuarto, me provocaba dale un pijazo a ca muérgano de ésos. Al transcurrí de los días me volví más jabú quiun piñ mensual.

—¿Y cómo jicite? —preguntó Natalio entusiasmado.

—Muy fácil, un día cualquiera amanecí con el apellío revuelto y sacando valor dionde no tenía dije: en nombre'e Dios y que salga varón.

La tipa taba en el caño lavando un mute y yo llegué a dale agua a mi caballo, me saludó y tal, me preguntó que como me había ido, quel pato y la guacharaca. Como en realidá mi trompo lo traía bien enroyao, le solté la cabuya; le dije que yo taba más enamoraó que un perro sato y que quería, si era de su gusto, que empataramos unos amores, que además me sentía en capacidá de parale una casa.

—Y ella... y ella ¿qué te dijo?

—Casi na... se puso más caliente que una hacha entrel agua, me insultó, me gritó que yo que más le daba de jembrero y que estaba segura de que me arrebiataban del rabo di una culebra y me eschingaba jalando pa trá. Aunque el que calla otorga me mantuve en silencio, más apenao quiun mono cuando le peen la mano.

—¡Qué fatalidá! —murmuró Nata con desgano— eso es lo que yo pienso que me puede sucedé si Dios no mete su mano.

—No hombre chico, ésos son los errores que comete uno cuando ta enamoraó. A ninguna mujé le disgusta que le jablen di amores, ya que por ley son vanidosas; lo que sucede es que cuando le van a pará bola a uno aparentan estar fuertemente herías en su dinidá.

Un cuadrúpedo rumiante pasa casi rozando a los dos amigos:

—¡Bicho, el carajo! —gritó Cipriano al tiempo que esquivaba el choque.

—Es un chigiüre compa, ¡qué maraca de animal! —dijo Natalio— mala cacería vale.

—¡Qué va! Un tiro malo en cualquier pájaro se bota.

—Animal que no se coma es mejor dejalo morí de viejo.

—Eso es lo que te va a cobijá a ti con la hija'e Fausto, que ta muy alta y el palo muy liso.

—Ni tanto, el que ta en los cielos tarda pero no olvida y él sabe que toiticos somos hijos dél:

Ninguna porque sea fea
debe'e perdé la esperanza,
porque no falta otro feo
que le machuque la panza.

—Es verdá... y el porfiao mata o caza, o alguna vaina le pasa. Fíjate yo y María ¡ah caracha! Si supieras cabalmente cuánto tiempo duré yo adulándole a esa mujé pa que me diera el sí, cosa que al fin y al cabo no sé ni cómo lo logré, tal vez fue obra diuna coincidencia que se presentó un día: resulta que me estoy bañando en el jagüey, esnuitiico como vine al mundo; la muchacha me llega po la costá'el caño en busca de un balde de agua y cuando me doy 'e cuenta la tengo a paticá'e mingó, que tronco'e susto, me quedé parao como una estatua sin sabé qué jacé ni qué decí.

—Ja...ja...ja, qué vaina bien gorda te llevate ¿y qué jizo ella?

—A pué... me miró di arriba a bajo, se sonrió y se fue poco a poco como quien no quiere la cosa.

—¡Caray! ¿Y tú cómo jacías pa que en despué mirale la cara a esa mujé?

—Me puse un *flux* bien grueso y qué más, echáme a morí no podía.

—Claro... y como dicen que la pena es verde y los burros se la comen —dijo Natalio, al tiempo que soltaba una sonora carcajada que hizo volar las aves que dormitaban en una ceiba en la orilla del antiguo Camino Real.

—Y di ahí ¿qué pasó?

—Guá, tú sabes quel mundo es un pobre viejo que a todo el mundo saluda y jace que todo se olvide. Un buen día me llamó la zamba pa'que le ayudara a molé un café; yo comencé mi oficio calláito, ya ni me acordaba del incidente pasao, cuando ella me dijo que si era en serio lo que le había dicho el otro día, yo me alegré más que un pájaro en la boca'e un gato, le contesté que sí. Antonces me dijo que la pidiera y que fuera parando una casa porque ella taba resuelta a dice conmigo.

—Hay que ve que las mujeres son raras —murmuró Nata en voz baja— ¿y a qué crees tú que se debió ese cambio así tan diagolpe?

—No sé chico, francamente lo ignoro, pero puede habé sío la maraca'e confianza que ella vio que yo tenía.

—Seguro. Mercancía que no ta a la muestra no se vende.

—Epa Cipriano... yjablando de todo como los locos ¿qué tal ese fundo?

—Palante porque pa tras espantan, luchando hasta que tiemple la melcocha. Me tienen jodío los gusanos en los becerros y los lechones, pero yo los rezo y asina los curo.

—¿Y eso es efeitivo?

—Más seguro quel desayuno'e pavo que me voy a bigotiá mañana por la mañanita. Lo que pasa es que a los animales pequeños no se les

puede conjurá sino una sola vé porque no aguantan, se mueren. Hora los grandes si se les puede decí la oración tres vece.

—Mira chico... y cómo dice la oración esa que sirve pa curá los gusanos?

—No compa, ésa no se puede enseñá sin cobrá porque se echa a perdé.

—¿Antonces toca que pagá?

—Exaitamente, tú lo has dicho.

—Te doy mi cajeta, ta lleniiita. ¿Tamos?

—Ta pago —dijo Cipriano al tiempo que detenía la marcha y tiraba los paujiles y la escopeta en el pajonal de la orilla del camino.

—¿Tú eres capaz di aprendela con 3 vece que te diga?

—Claro, me aprendo un corrío ques más largo escuchándolo una sola vé, tú sabes que los llaneros somos inteligentes por naturaleza.

—Aquí va pué, pero primero te voy a decí lo que tienes que jacé. Acostúmbrate a cargá en la bolsa'e silla cagajón de burro, que eso es lo mejor pa lanzale al animal que tú rezas al tiempo que estás haciendo la cruz. En caso tal de no cargarlo, prefiera la hoja esmigajá del mastranto, y por último el polvo del camino o un terrón esboronao. Cuando tú comiences a conjurá al animal, ahí mismito notas que éste se desespera, se lambe la gusanera, si ta echao se para; pa mejor decí, parece que tuviera loco, eso quiere decí que le ta pegando la oración; y lo más importante de todo es ponele mucha fe... pero eso sí, bastante fe ¿entendió?

—Más claro pa onde, decila.

Oración

Conjuro + conjuro +
 que gusanos tan perjuros
 + mátalos San Joaquín
 todos de uno en uno.
 Así murió la familia de Harnes
 eran 9 de 9 quedaron 8
 de 8 quedaron 7
 de 7 quedaron 6
 de 6 quedaron 5
 de 5 quedaron 4
 de 4 quedaron 3

de 3 quedaron 2
de 2 quedó 1
+ mátalos San Joaquín
todos ahogados en la misma sangre
de la gusanera del animal + amén.

—Eso es más fácil que cogele las nalgas a un ciego.

—Ya me la aprendí, toma tu cajeta, sigue tu camino que yo sigo el mío, sintiendo mucho la separancia y será hasta otro día que nos viamos nuevamente las carátulas.

—¿Tú tas trabajando onde don Fausto?

—Sí, le toy amansando 200 vacas'e primer parto y aunque toro no lambe becerro, hay que dí jalándole algo'e bola al viejo. Pero en estos días me voy a sacá un ajuste diuna línea a la rubiera, volveré a Punta Brava pa la fiesta que va a poné el anciano el día'e Santa Rosa.

—¡Caray! Y ese baile ta bien nombrao, yo también me voy arrejerá con tiempo, le voy ayudá remontao a la jierra dionde don Pedro, pa ganame unos riales y échame palo puese pico. Hasta mañana pues.

—Adiós.

El tiempo pasa volando

En el fundo de Cirilo, las hojas de palma real danzaban de mano en mano, la casa recibe un nuevo atuendo. Todos los vecinos se habían dado cita aquel día y en forma gratuita ayudaban a reformar la vivienda; Damiana, su mujer, cada momento hacía acto de presencia y con palabras cariñosas brindaba refrescos, cigarrillos, café o chimó a los voluntarios obreros.

—Mañana tamos cumpliendo tres años de casaos —dijo en voz alta Damiana, al tiempo que descansaba su mano sobre el hombro izquierdo de Cirilo— ¿no te parece chistoso que ya aigamos tenío que echale palma nueva a la casa?

—Pues francamente no, porque cuando nosotros nos vinimos a habitala ya taba vieja.

—Seguramente... lo que pasa es que aquel tiempo pasa volando y el que yo llevo al lao tuyo no lo he sentío, me parece que fue ayer.

—¡Ah caramba mi amor! Me contenta oír eso de tu boca.

—¡Ah sí! ¿Por qué?

—Muy sencillo, porqué caigo en cuenta que la has pasao muy bien, pero muy bien.

—Bueno, la verdá que sí; pero hay algo que nos ta jaciendo demasiá falta: el hijo, Cirilo... un hijo tuyo y mío que complete la dicha en nuestra casa.

—Pueda que venga ahora que tenemos casa nueva —respondió Cirilo burlón, quedándose por varios segundos contemplando a su mujer.

Morena, color canela, de larga y ondulada cabellera, un apenas visible bozo surcaba la línea de sus labios, vestía un ligero traje casero que se ajustaba complaciente a los caprichos de sus tentadoras curvas. “¡Qué bonita es!”, pensó.

—¿Qué me ves? —preguntó ella, jugueteando coquetamente con sus cabellos.

Él por toda respuesta guardó silencio, dedicándose de nuevo a su labor. Damiana se retiró a la cocina, regresando momentos después para avisar que la cena estaba lista y que ya habían llegado los obreros que estaban trabajando en el conuco. Con el acostumbrado aprecio familiar todos pasaron a la mesa y empezaron a ingerir los alimentos.

La tarde era un fiel testigo de las aptitudes de una raza que no conoce discriminaciones, ni posiciones sociales. Una voz oculta en el esférico punto de la conciencia, le grita al ser humano que nadie es más importante, ni menos útil en éste laberinto universal que ya por tradición se llama mundo.

—¿Qué tal va ese trabajo, Demetrio? —preguntó Cirilo al tiempo que habilitaba su plato. El hombre interrogado aparentemente contaba unos 40 años, habiendo dedicado su vida al servicio del vecindario como jornalero profesional. Sus manos tenían dibujado un mapa de abultados callos, donde estaba escrita la biografía de penosas faenas, que son la imagen que identifica al hombre laborioso y campesino.

Llanero puro es aquél
que aunque no nació en el llano,
pueda mostrar con orgullo
recios callos en la mano.

Depositando en su patrón una mirada humilde y maliciosa, contestó en forma pausada como queriendo recalcar cada una de sus palabras:

—Bueno, poco a poco ahí vamos palante: el monte tramao, mucha chispita y avispa por gandola.

Juancho, como todos le decían, era un muchacho de escasos 16 años, siendo a la vez uno de los principales ayudantes de Demetrio, ya que éste era su padrastro; aclarándose el pecho, tomó la palabra:

—Aunque no me están llamando voy a meté la cuchara, pero francamente don Cirilo, usted debiera'e buscá más gente, a pesar que a mí no me importa que duremos to este año regándole machete a esos rastros, pero sí creo que usted debía'e buscá más personal pa que se le viera el roto, es que antes es mucho cuento nos ha rendió ¿qué tanto pueden jacé dos hombres y un muchacho?

—Tienes razón hijo, pero eso es más difícil que comprendé una mujé, de santa casualidad conseguire quién me venga a ayudá al trabajo'e llano—Cirilo hace una pausa y luego, recorriendo la mirada por el círculo de la mesa, prosigue hablándole a los presentes— hoy en día tamos más en vaina quel frijol en la mata. La mano diobra es un artículo de lujo, que casi naiden la puede adquirirí.

—¿A qué se debe eso don?—preguntó Demetrio.

—Ya se los voy a decí, pongan cuidado: los culpables de to estos líos que persiguen a los hombres que tuavía queremos cultivá la tierra, poniéndola a producí pa que jarten los que no trabajan, son dos personas a sabé: el gobierno y la flojera. La flojera porques una enfermedá que somete a la gente que no jaga na; el pensamiento deste mal consiste en que cada fin de mes se cobre un sueldo sin mové una paja. El gobierno tiene la culpa también, por ponese de zalamero a ta jaciendo las tales urbanizaciones, ésas que llaman quisque viviendas rurales. La gente de los campos saborean el orgullo de decí: nos vamos a viví al pueblo, recogen tos sus coroticos, venden las vaquitas, el burro, el buey, los marranos, las gallinas, la canoa, el conuco y la casa y vámonos sin Dios y Santa María. Pero onde ta la cosa pelúa es cuando se acaban los riales y el bastimento que llevaron. ¡Ay Dios mío!, comienzan a buscá trabajo y qué coño van a conseguí, sin sabé leé, sin escribí y empeñao a que le den un puesto de oficina o en la policía. Antonce los señores esos del pueblo, los ponen quisque a arreglá papeles, dos semanas jaciendo cola

pa sacá el certificado de salú, tres pa sacá la carta judicial, y por último le dicen que no hay vacante pero que si se mete a político, más adelante pueda que consiga trabajo en el aseo urbano. En cambio puaquí, lo único que le pide uno que traigan es el chinchorro y un par de tucos'e dril. En resumias'e cuenta que queda el pobre hombre arruinao, viviendo el desespero de mirá sus hijos muertos diambre, quel gas se acabó, quel jodío de la luz ta cortando el cable porque no la paga, quel agua también toca que comprarla. Pa mejor decí, eso es metese en un berenjenal onde el padre'e familia ta puay pelando bola, la mujé y las hijas hembras –si las tiene– es posible jaciendo fuerza po podé remediá en algo la mala situación.

—Ese palo sí no me lo calo yo –murmuró Demetrio– prefiero quedame en estos muescales, pero que no le falte ni a mi mujé, ni a mis sutes el bocaíto en el plato –y haciendo alarde a su buen humor, soltó un verso:

El que vaya pa mi casa
aunque sea topocho come,
no los comerá maduros,
pero los come pintones.

—Y jablando'e comía, traigan má –dijo Juancho–. Que hay que vé que tres hombres comen.

—¡Ajá! –comentó Damiana– hora si eres un hombre pero pa echale comía puese buche. El todo es que no vaya a sucedé como los indios, que cuando tan con hambre no trabajan y cuando comen tan con fiebre.

—La vida habita en la muela, y el que trabaja no come paja –dijo Juancho.

Vaquerías y folklore

Las garzas regresan del raudal a hospedarse en el caracaro del conuco, el sol lento se refugia en brazos del ocaso, la noche cautelosa enlutando los campos. Por la pica que viene del conuco se abstiene de transitar la gente, sobre todo en las noches oscuras y tiempos de cuaresma, por existir la creencia de que allí espantan y que la figura central es un hombre que sale sin cabeza invitando al transeúnte a que le siga. Aseguran que fue un morador de esos parajes que en épocas lejanas dejara el tesoro que acumuló en su vida, al pie del árbol, dejando a éste como muestra.

Un jinete hace su aparición junto con el enjambre de cocuyos que rondaba el hato de La Rubiera, Cirilo y los pioneros salieron al paradero al oír el repiqueteo de los cascotes del caballo y el latido de los perros.

—Buenas noches —saludó el viajero.

—Buenas —contestaron todos.

—¿Cómo están puaquí?

—Gordos pero jipatos —contestó Damiana—. ¡Ah! Si es Natalio. ¿Cómo estás tú?

Natalio forma parte de la reunión y, lleno de entusiasmo, manifiesta a los trovadores:

—Seguramente este ensayo se debe a los preparativos pa la parranda que va habé en Punta Brava, o sea casa del viejo Fausto.

—Sí señó —contestó Cipriano— y ese baile ta bien nombrao, ya tienen los músicos jablaos.

—¿Quiénes son?

—Na menos que al renco Juan Torres y ese jodío ta tocando bandola que da miedo... puro golpe de arpa. Trescientas venas'è palma me dijo don Fausto que tenía que cortá pa jacé el soropo.

—¿Y eso pa qué?, ni una casa que fuera a pará.

—¡No chico! Es que tú no te imaginas la cantidá'è gente que viene pa ese baile.

—Bueno compa... ¿Y por qué la música de aquí se llama joropo?

—Precisamente, pa que pueda ejecutase el baile hay que fabricá una enramá cuyas paredes son hechas con hojas de palma al igual quel techo, eso se llama ensoropar. Y te voy a decí por qué es indispensable: aquí en estas tierras siempre se ha acostumbrao que cuando uno pone una fiesta, tuel que llega es bien recibio, asina no alla sío convidaio; total que toca jacé una vaina grande pa que quepa tuel mundo.

—¿Y quién sería el inventor de toas esas cosas, chico?

—Nuestros abuelos cámara, y eso se llama Folklore, que “Fol” quiere decí: sabé y “Klore” quiere decí: pueblo, “Sabé del pueblo”. Es lo mismito que las creencias supersticiosas que tenemos toítos nosotros. La historia reza quel origen de la música llanera proviene de la arrememoración de la de los españoles; esto sucedió cuando ellos conquistaron las sabanas del Arauca, el fuerte principal pa domar a los indios fue estableció en un sitio que en lengua indígena se pronuncia Pore, ahí tuavía existen los calabozos subterráneos, onde el indio después que lo enlazaban diacaballo o se amansaba o se moría; una vez ya amansaos eran convertíos en esclavos. Los blancos en sus ratos de descanso se dedicaban a las indias, como también a tocá bandola y tiple.

Como los indios son asina como medio antojaos, fabricaron unos instrumentos parecíos a los que ellos usaban. Al no tené cuerdas de metal, le pusieron de tripas de animales de monte y así nació la bandola criolla y el cuatro; en cuanto al baile fue ese mismo zapateo acelerao

de la danza flamenca. De esta manera se crió algo que el pueblo lo aceptó como cultura; al sentir los indios el enorme acoso español, se mudaron para habitar ambas riberas del río Arauca, ya llevando con ellos esas nuevas costumbres que se fueron transmitiendo de generación en generación.

—Caracha camarita hay que vé que tú si sabes cuestiones ¿cuántos años fuite tú a la escuela?

—Tres meses —respondió Cirilo.

—¡Cómo asina! ¿Y por qué sabes tanto?

—Porque el diablo sabe más por viejo, que por diablo.

En el vecindario, como en toda la región, se comentaba la fiesta que habría en Punta Brava el día 30 de agosto. Don Faustino se medía el nuevo *flux* que le había confeccionado su mujer, ella saborea el placer de que éste le quedara bien.

—¡Caray hijo! Ni mandaos a jacé con el del pueblo —dijo al tiempo que con sus cabellos limpiaba los dientes.

—Ah verdá que me quedó machete ¿sabes el único defeitico que le jallo?

—¿Cuál?

—Me parece que te quedó un poquito largo'e fundillo.

—No... no, ta bueno, ni un pavito que fuera pa llevarlos ajustaos.

Elauteria que se unía en esos momentos a sus padres, se quedó observando al autor de sus días y dejando escapar una suave carcajada murmuró:

—¿Te fijas papá? —dijo la muchacha—, que mi mamá en estos días tiene la ponzoña alborotá, si supieras el lujo'e camisón que me jizo a mí pa que estrene en el baile, mire, las mangas me llegan hasta aquí, voy a quedá igualita a una tonta.

—No hombre viejo, ¿sabes lo que quiere la suta ésta? Que le cosiera un vestío to escotao, que se le vea el sobaco, será pa tale mostrando la ubre a'íño reimundo y to el mundo, quiere jacé lo mismito que jacen las muchachas de la ciudá ¿cómo te parece?

—Pero... mamá —replicó Elauteria sin poder ocultar su enfado— yo solamente he pretendió que caigas en cuenta que por un simple

capricho tuyo, tenga yo que salí como un apayaso y distinta a las hijas de don Pedro, cuando me vean con esa jamuga, se irán a reír de yo.

—No es por tu mal hija —dijo la anciana al tiempo que acariciaba las largas trenzas de Elauteria— tú sabes cómo te hemos criado nosotros; precisamente por eso te pido que no intentes compararte con esas muchachas tan modernas como son Luisa y Margot.

Julián, el hijo mayor de la casa, que acaba de llegar de la sabana, se detiene a escuchar la discusión de su mamá y su hermana y, ya enterado del contenido, interviene en tono autoritario saliendo a favor de la última:

—Pues yo mamá, francamente no le veo ni a Margot, ni a Luisa, algo que no pueda tené Elauteria; por lo contrario, que debe de faltales algo que esta sutica sí lo conserva. Lo que pasa es que hay unos pavos que quieren dormí siempre en las ramas del palo'e gallinero, pa tase cagando siempre en los diabajao, y dende que jayen quien les cargue el muerto, pues arrejeraos y que aguanten ¿no crees?

Dorotea no ha perdido el contenido de las palabras de su hijo, y en forma de reproche le dijo situándosele muy cerca con ademán desafiante:

—Aquí naiden te taba llamando pa que vinieras a da tus opiniones y de sabelotodo. ¡Caracho, don Julio!, debías de habé estudiao pa abogado, pa que hubiera sacao a Matasiete de la cárcel.

Julio bajando la cabeza y evitando tener que discutir con su mamá, intentó abandonar la sala. Pero ella lo retuvo diciéndole:

—Mire dotor, es mejor que no te vayas tuavía, tú papá te dejó dicho que tan pronto llegaras fueras al conuco del otro lao del río y trajeras los topochos y la yuca pa la carne asá.

—¿Por qué no han mandao a Natalio que traiga esa provisión? —dijo el muchacho de mal modo.

—¿Cómo crees? Siempre tiene que sé el barranco'e poné. Dende las tres'e la mañana se fue a sabaniá los cochinos pa traé uno pa las hallacas, ese pobre es el que le ha sacao la pata del barro a tu papá.

—Déjalo que sufra que él sí sabe a lo que se atiene y el burro corre cuando le interesa, —dijo Julián al tiempo que interrogaba a su hermana con la mirada— o ¿es que tú no te has dao' cuenta que ese elemento ta que bota las babas por Elauteria?

—Conmigo no se meta Julio ¿o es que quiere agarrá de parapeto pa desahoga tu rabia?

—Cuál rabia ni que pan caliente ¿por qué voy a ta bravo yo? Si el que no quiera bulla en su casa que no ponga fiesta.

—Ahora sí te cacé hermano, el que es flojo anda buscando trabajo y desioso a no encontrá.

—Te voy a apuntá en mi libreta pa defendete otra vez, ña peliona —gritó Julián a su hermana.

—Como quieras —contestó la muchacha y se marchó a la cocina.

Julián hablando en voz baja se dirigió al río, al llegar nota que el bongo se encuentra completamente hundido debido a las inmensas averiaduras que tiene. Por varios instantes contempló extasiado al caudaloso río que porta sobre su lecho un pintoresco jardín de espumas viajeras, que al igual que el amor inconstante desaparece en el primer tropiezo que encuentren en su camino.

El deteriorado bongo baila al son soñoliento de la corriente y sus carcomidas bandas solamente flotan al nivel del agua.

El muchacho hace intentos inútiles por abordarlo y así dar cumplimiento a la orden que dejara su padre.

—Maldición de gitano —murmuró— parece que yo hubiera matao a un cura.

Don Fausto, que llegaba en esos instantes, alcanzó a oír las palabras del mancebo y en forma de reproche le dijo:

—Pero cónchale Julio, ¡fíjate las horas que son y tú tuavía no has dío por el pan! ¿Qué mundo es éste que el que manda no va? Bien lo dice el refrán.

—Sí papá, así tenía que sé pa podé se mundo, pero es mejor arriá y no tené que cargá la carga ¿no te parece?

—¿Y es que acaso te he pedío algo imposible? Piazó'e zángano.

—¡Ni tanto! Pero mira las condiciones de tu excelente embarcación, tiene más agua que el mismo río.

—Ajá y por lo visto ¿hoy no te puedes mojar? Metétele a esa broma, que el que se moja pa la mañana no se moja, o sino déjame la acción pa yo.

—Nooo, si no es pa tanto, al fin e cuentas papá que tú siempre tienes la razón.

—La experiencia hijo, que es una voz igualitica a la de la conciencia —dijo don Fausto en tono marcado de tristeza.

—Sí señó... pero eso no te salva de que te agarren de vez en cuando el mai saltiao. Aquí tenemos el ejemplo que e'más viejo que la maña' e sacá fiao, ahora yo soy el que pago las consecuencias, yo bastante te dije que no compraras este bongo porque la realidá es que este bongo solamente sirve pa tres cosas: pa ná, pa ná y pa ná, igualito a las tetas de los hombres.

—Es mejor que dejes los sermones pa otro día y le demo comienzo a la cuestión, ya que es bien sabío que barco parao no gana flete.

—Dende que tú lo digas papá... pero a yo no me quita la idea de que tú no comprate nada útil, y toy bien seguro que el barco viejo y el carro viejo mueren en manos del pendejo.

—Qué desgracia pa tu mismo cuerpo, porque asina mismo va a tené que morise tu mamá.

—Jale que ganó —dijo Julián al tiempo que se dedicaba a extraer el agua del fondo de la embarcación, ésta se mecía del barranco al remolino, muy ignorante de que era el objetivo de tan tremenda discusión.

La espadilla fue puesta en posición de marcha dirigida por las hábiles manos de don Fausto; Julián encayó la palanca en el barranco y dio rienda libre a la frase del marinero de agua dulce:

—¿Vamos con Dios, patrón?

—Con tal y cual santo —respondió el viejo, mientras la pesada embarcación cortaba con su roído pecho, los turbios hilos del río crecido.

Garzas, corocoras y otras aves ribereñas abandonan los sitios de descanso, huyendo de la presencia humana.

La brisa creciente refrescaba el rostro y jugueteaba con los grises cabellos de don Fausto. Quizá, prisionero del ambiente embrujador de

los paisajes, sin canoa y sin canaleta un verso viajero se desprende de aquel pecho anciano, para marchar con la corriente hacia otras tierras desconocidas:

Las coplas a la cabeza
me llegan por boconadas
como un río cuando ta seco
y le viene bajando agua.

Julián escucha el mensaje y con una sonrisa apenas pronunciada, piensa: “¡Ah viejito! Si le pudiera yo quita unos veinte años ¡qué amenaza!”. En todos los fundos cercanos a Punta Brava se efectuaban los preparativos para tan comentada fiesta, ya que era la más grande que anualmente se celebraba en la región. Las muchachas iban y venían por toda la casa, confeccionando los vestidos que exhibirían la noche del 30.

Los hombres igualmente recibían entusiasmados el acontecimiento y revisaban el estado de los sombreros y las alpagatas.

Colindando con el hato de don Fausto, se encontraba el hato Maporal propiedad de don Pedro, un sesentón muy sencillo a pesar de su cuantiosa fortuna. Este personaje era otro de los contagiados por el hechizo fiestero que abrazaba la comarca.

Sentado sobre un trono del palenque espera la llegada de sus tres hijos que regresaban de la capital; de pronto sus cansados ojos se iluminaron de entusiasmo al distinguir el carro que dando surcos venía por la orilla del potrero; de un brinco se puso de pie para dar la voz de alarma:

—Llegaron los muchachos, allá vienen –repetía el anciano.
—¿Onde que no los veo? –murmuró doña Lucrecia.
—Míralos chica ¿no ves el polvero que levanta su carro?
—¡Sí señor! Hora sí los distingo claritico, sí, ése es el carro de Pedrito.
¡Qué alegría de tené de nuevo a mis hijos en después de tanto tiempo puallá en ese pueblo! Salgan muchachos a recibí a Luisa, a Margot y a Perucho –les decía a los peones del hato, quienes de inmediato salieron al paradero.

El vehículo por poco se estrella contra el palenque de la caballeriza y de un brinco estuvieron los tres jóvenes de pie. Doña Lucrecia se acercó para estrecharlos contra su pecho rebosante de alegría.

—¡Ay! Pero cómo están de requetebonitas ¿y la bendición?

—Eso pasó a la historia mami, deja de ser tan anticuada —repuso Margot.

—¿Cómo estáis todos vosotros?

—Más que bien —contestaron.

—¿Y tú, papi? Cómo así tan degenerado, ¡Dios santo!, todo sucio y abandonado, qué falta de higiene.

—¿Hasta hora venís a date cuenta? Asina he conseguido tos los pocos bienes conque los hemos criaio a ustedes.

—Si la bosta y el barro tienen ese bicho que ustedes llaman virus, hoy en día no tuvieran dando guerra ni tú, ni tus pretensiones.

—No cambiarás jamás, pero en fin, vive tu vida a tu acomodo, que nosotros ya orientamos la nuestra.

Los viejos vaqueros que las vieron nacer, que durante tantas noches las durmieron en sus brazos al son de una canción o de un chiste, intentaron acercárseles para estrechar sus manos, pero ellas les esquivan el saludo con el pretexto de: “Venimos molidas, chao”. Y con movimientos felinos se encaminaron a sus habitaciones.

Los peones se cruzan miradas interrogativas entre sí y confundidos se marchan al caney. La noche es testigo de una justa querella; un cuadro resentido obliga a su voz que salte empalizada; un verso desgrana el sentimiento de un corazón anciano, que el paso de los años lo ha rebozado de ternura para regar con llanto el pajonal reseco. Un poema galopa:

Sabana que estás dormida
sin importarte el tropel
del cabalgar de la vida
por los caminos de ayer.
Sabana, si oyes mi canto
Dirás: ¡qué alegre ta aquél!
pero tengo el corazón
más amargo que la hiel.

Ranchería de palma diagua
tú que la viste nacer

que sobre tu cuerpo un día
ella tenía que volver.
Siguen corriendo tus días
tu aurora, tu anochecer
perdió la gracia el corrido
perdió el olor el caney.

Un pájaro entristecido
canta en el araguaney
porque el pichón dejó el nido
sin querer volver a él.
Lo difícil que yo encuentro
mirar un tullío correr,
cogerle la huella a una ánima
y comprendé a una mujer.

La tristeza ha construido un círculo potente que abarca sin clemencia a todos los reunidos; todos piensan y escuchan, nadie duerme.

Hay figuras humanas apostadas en la balanza del trapiche, el nuevo caserón de techo de zinc es besado por la luna llena, y sus frondosos rayos se refugian en las ramas de los guafales.

Los recién llegados celebran su retiro de la vida bulliciosa de la ciudad. Don Pedro y doña Lucía, sentados en enormes butacos de cuero, contemplan a sus hijos, sin comprender siquiera la mayor parte de las palabras pronunciadas por ellos, y muchísimo menos los berridos de unas canciones gringas que éstos traían consigo.

Al cuatro lastimero le quedan opacas sus sentidas notas de amor y esperanza:

La noche ingenuamente
sin detener su marcha
continúa vigilando
los lares de la casa.
El mundo es un anciano
no sabe lo que pasa
en el monte lejano
canta la guacharaca.

El paujil se sacude
la pava se levanta,
lanza su llanto el ñénguere
el venado se espanta.
El hatajo del bayo
se refugia en la mata
todo parece igual:
la canoa, la palanca,
el conuco, el guamal,
el caimán, la poyata.
La luna más hermosa
con sus senos de plata
porque ella misma ignora
que el llano está en mudanza.
Que las cumbres viejas
al no escuchar sus quejas
volaron con las garzas.

La aurora trasnochada saluda al día que llega. El sol deja la tierra en una mar de rocío para surcar el cielo.

El bramar de las vacas y el trinar de los pajarillos se confunden con los berridos de los terneros, que clamorosamente piden su aliento.

Los ordeñadores alistan el rejo y la totuma, la vaca cual primera quieren hacer más notoria su presencia.

El veterano Pancho quiere saber de antemano la audacia de su nuevo becerro, un chavalo de esos de 10 años de edad. Por lo tanto le dice al compás de la canción que por su usanza canta el ordeñador:

Tonada de ordeño

En el centro'e la laguna
se sacude y aletea..
sin metele al aguacero
al viento y la marea.

—Yaguazo...yaguazo...—contéstale el muchacho, dando la puerta libre al ternero, que retozando alegremente sale en busca de la madre.

Marcos es otro integrante del grupo que inicia la faena, pide en igual forma la materia de su trabajo:

Por muy catire que sea
no le tema al carbón
en la cocina se quema
cuando ta cerca del fogón.

—Ahí le va... limpión...limpión. Cuando ustedes vayan yo vengo, arrópanse pa que suden —gritó el muchacho.

Así entre cantos y cantos se realiza el trabajo, que más bien se presenta ataviado con aureolas de fiesta.

Al cabo de dos horas, llegan al corral los jóvenes estudiantes. Margot se acerca a don Pancho para darle los buenos días:

—Buenos días don Pancho, ¿cómo amaneció usted?

—Buenos se los dé el señor, niña Margot. Qué honor nos causa su visita, sobre todo po lo inesperada.

—Vine a ayudarles a ordeñar.

—Adelante... señorita, hay para todos.

—Sí... sí... —exclamó la muchacha—, hace infinidad de tiempos que no lo hago.

—Échale la vaca vieja tuca'el cacho, que es la más mansita —ordenó el viejo.

—Ay Pancho, ¿cómo se llama esa vaquilla?

—Gua... no la vas a conocé, si con ella fue que te criaron.

—Ay... pero qué animal tan flaco y horroroso. Dios mío ¿y cómo se llama?

—Pues vaca. Pero en nombre propio también atiende por Agüemai.

La muchacha con finos ademanes se le fue acercando al viejo vacuno, ésta la observa de reojo y en señal de protesta movió la cola repetida y sacudió los cachos.

Con cierta inseguridad y con vos de soprano la niña comenzó el ordeño:

—Póngase... agua de maíz, póngase... agua de maíz.

Toma entre sus manos tersas y finas los arrugados pezones de la vaca vieja, al tiempo que entierra en aquéllos sus largas y afiladas uñas. El animal al sentirse herido se encabrita, levanta su enorme casco y ¡zuacatán!, lo deja descansar con todas las fuerzas en el delicado vientre de la niña.

Margot, con un gesto de dolor se levanta y su preciado traje se pega a sus espaldas, colmado del repudiante líquido fecal que el lenguaje castizo se llama simplemente bosta. La muchacha echándole maldiciones al animal la mira con rencor, le agarra la cola retorciéndosela le dice:

—Agüaemai... Agüaemai... este vejestorio se va a morí sin amansase, esta mal... nacía.

Los peones guardaron silencio, aunque el cambio de personalidad de Margot era para frustrarlos a carcajadas.

Eran las diez de la mañana y Perucho todavía no se levantaba, don Pedro se sintió impaciente y se dirigió hasta su alcoba con el fin de llamarlo. Con voz baja dijo:

—Perucho, hijo mío, es mejor que te levantes, mira que el sueño de día es perjudicial para la salud.

—Sé chévere pana... déjate de ser gafa ¿entiende? —luego se acomoda de nuevo para continuar su plácido sueño.

El anciano sin comprender las palabras de su hijo intenta alejarse, pero una curiosidad extraña lo obliga a regresar a su lado para preguntarle:

—Perucho, ¿qué fue lo que tú me dijiste que querías que te trajera?

—Nada hermano, estáis perdido de onda.

—Mira, ño flojazo, yo no entiendo un carrizo de lo que me está diciendo, pero te ordeno que te levantes porque la Quetepa se preocupa por la razón que te sientes enfermo, ¿escuchate?

—¿Quién es la Quetepa, pure?

—¿Quién va a sé? pues la que te parió pa que tu vinieras a sinvergüencia a este mundo, gran flojazo.

—Cálmate viejo que ya salgo hermano, ah... por favor dile que me alisten el baño, ¿okey?

—El baño, ¿tas soñando, loco? Cuidaíto si cojes un resfriado por agarrá un balde de agua pa lavate ese cuerpo, condenao.

Doña Lucrecia se encontraba frente a sus hijas. Éstas permanecían en silencio. Margot sin levantar la vista de un libro que hojeaba en sus manos dijo de mal modo:

—Francamente mami no desearía ir a esa fiesta, sólo reuniones mediocres, sólo joropo de indios mal vestidos que apestan.

—Muchacha; si supieras lo mal que se escucha eso que acabas de decí, no lo harías nunca. Jamás renegarías de tu raza y sus costumbres que ellos ejerzan. La crítica es el peor enemigo de los seres humanos, porque Dios castiga sin palo y sin rejo.

—Mira mamá, ¿sabes una cosa que me causa tristeza?

—¿Qué será?

—Tener unos padres tan anticuados como sois vosotros.

—Depende de lo que sea esa broma que ustedes llaman anticuado, porque por mucho talento que tenga no nos va a someté ni a mí ni a tu papa viví una vida esaita a la que tan viviendo. Mucho menos a vender el hato pa dinos a da lástima a una ciudá, habitando una casa que no tiene ni patio y el aire que uno respira es prestaó, ni lo sueñen.

—Lo moderno mamá... eso es modernismo y eso sí es vida, ¿entiendes? Porque allí no se le niega al cuerpo nada de lo que pida —dijo Margot, marcando orgullo en cada sílaba.

—Quiera Dios y la santa virgen que las pastillitas no se vayan a acabá nunca.

—Desafortunadamente contigo no se puede ni hablar —dijo la joven disponiéndose a abandonar la compañía de su mamá.

El reloj colonial que colgaba de la pared de la sala dio las seis de la tarde del 29 de agosto. La anhelada fiesta no se hacía esperar y junto con la noche llegaban los individuos. Las caballerizas se encontraban colmadas de briosos corceles que lucían aperos de plata y lujosa montura.

Hermosas muchachas se apostaban en el lado derecho del salón. La fragancia de los perfumes abrazaba el ambiente. Jóvenes de atléticas figuras le daban un banquete codiciado a sus ojos y los músicos afinaban los instrumentos.

Una mesa de madera era constantemente abastecida de abundante carne asada, para que fuese por quienes venían llegando.

Allí no hay forasteros
bienvenido es quien llega,
y con gran algarabía
se le abre la talanquera
como si fuese un hermano
que de otras tierras viniera.

El llano es lindo y bello
y no tiene fronteras,
tiene un cielo por techo
y unas nubes viajeras,
que pasan saludando
la eterna primavera.

Doña Pilar es una anciana de espíritu fiestero, que en todo baile hace acto de presencia. Por supuesto que a éste mucho menos podía faltar. Su figura inquieta y diminuta que oculta sabiamente los setenta y cinco abriles que le acompañan.

Vestía un traje de color morado a grandes rosas, sus delgadas piernas le proporcionan la figura de una... bailarina, a sabiendas de ese refrán que dice:

La mujer es bailadora
tiene la paleta seca,
las canillas delgaditas
como cañón de escopeta.

Además el joropo para su ejecución exige agilidad y compostura en la mujer. Aunque el hombre es quien debe de hacer alarde de todas las proezas que quiera, para que la dama se limite a llevar solamente un

armonioso compás que es adornado por los recios zapateos del parejo. Ella nunca debe intentar hacer lo mismo, puesto que éstas son funciones netamente masculinas. Otro detalle importantísimo es: no soltarse. Este factor se adjudica a la posición del cuerpo hacia adelante que obliga a ir siempre sujetados de la mano.

El catire modesto, saludó con un fuerte abrazo a la recién llegada. Retorciéndose sus alazanos bigotes a manera de pregunta, le dijo en tono burlón:

—Doña Pilar, y usted sabiendo que venía a festiá por qué se vino en esa burra vieja enjalmá y de ñapa ¿gocha?

—El hábito no hace al monje y el que va a morí en lo oscuro aunque ande vendiendo velas. Lo importante fue que vine y te apuesto a que voy a bailá con la mismita música que lo vas a jace tu que vinite en un caballo bien gordo y bien operao, eso es pa que no comas cuento, mono alegre.

Los presentes rompieron en sonoras carcajadas y alguien murmuró: “Coja pa que lleve pa su casa”.

Por el sur, norte, este y oeste, venían desfilando las caravanas de seres humanos, que con el corazón rebosado de emoción oían los primeros arpegios de la parranda, y la algarabía del garcero se escuchaba en la laguna de enfrente.

Por la pica de indio, cabalgaba un solitario jinete; el pecho de su corcel corta la brisa que azota al carrizal. Su diestra acaricia el pelo'e guamá de ancha ala y un silbido al son de un zumba que zumba trocha por la costa enterronada del estero.

Al momento su voz sonora despierta el silencio dormido allá en los alcornocales; tal vez queriendo averiguar el estado de su garganta suelta un enjambre de versos que en ruta contraria se pierden en la llanura:

Ninguno después de viejo
le pesa haber nació,
y a mí tampoco me pesa
el habela conocio.

Yo miré una garza blanca
dándole combate a un río
y así está su corazón
dándole combate al mío.

Todas las mujeres lloran
cuando se le va el marío,
no lloran porque se va
sino porque no se ha ido.

Clavelito colorado
te noto descolorío,
por andá de mano en mano
el color se te ha perdío.

Otro parrandero montado en su rucio moro que viene espantándose
de su misma sombra, le sale al encuentro:

—Es Melesio —le dijo Natalio a su caballo.

—¿Qué tal hermano, cómo ta la cosa?

—No me pele el mai ques pa chicha, ¿diónde sales porái y paónde vas?

—Pal baile, porque no toy purgao.

—¿Y ese caballo compa, que tiene más brío que un hombre con
rial, desde cuando lo tenés?

—Bueno... tú sabes que a nadie le falta Dios y de lo más limpio
sale un tigre.

—Sí, es verdá, y como a todo marrano gordo le llega su sábado...
¿a qué debe tanta alegría? —preguntó Melesio.

—¿Acaso no tengo derecho a jacelo?

—Pues claro que sí, pero es peligroso; porque cuando un borsa se
alegra alguna vaina se va a llevá.

—La boca se le tuersa piazo'e muérgano —dijo Natalio a modo de
reproche.

—Cónchale vale... tas más delicao que negra con ropa fina.

—Mira Melesio, yo mismo en estos últimos días no me comprendo,
¿qué será?

—A lo mejor estas enamorao. Ansia me sucedió con Elauteria cuando tuve más tragao que una media en una bota.

—¿Cuál Elauteria?

—Pues la hija del viejo Fausto, casa pa onde vamos precisamente.

—Cuéntame chico y ¿qué pasó?

—Ná que valga la pena'e contá, porque la muchacha no me paró bola.

—Que demalía. ¿Y diay?

—Bueno compa la fiebre del amor es igualita a la del cántaro, desde que no encuentre quien lo consienta, por fuerza tiene que desaparecer. Claro que yo al comienzo, me puse más afligido que un indio sin puyas; pero entonces me desterré de su casa y me fui a trabajar onde el Musiú. Dentré de pión mensual y al cabo de mes y medio, me nombró encargao del ható.

—Ajá... ¿y tuavía tas allá?

—No... eso jace tiempo que me salí, si el cipote ese se calentó conmigo.

—¿Y por qué?

—Po la pendejá'e cochino de no aguantale a nadie que no me aiga criado.

—¿Y qué, muy problemático?

—Lo suficiente, por ejemplo: compró un radio de esos que jusan pa hablá por teléfono y cuando se iban pal extranjero, yo tenía que informarle detalle por detalle lo que sucediera diariamente en el ható.

—Pero bueno chico, si eso es más fácil que castrá una abeja en un lechozo.

—A simple vista si parece que lo fuera, pero qué va chico, eso es aburridor colgase dese bejuco pa contale siempre lo mismo: que un caballo aporrió a un hombre, que la vaca malparió, que los pollos tienen bubas, que el gallo colorao tuertió al giro, que la sirvienta se quiere dí con el polecía y que el pato y la guacharaca.

—¿Eso no más?

—¿Y si quieres más por qué no compras un mondongo?

—Otras piernas con más pelos. Si yo lo que no me gusta no me lo como.

—Espera —dijo Natalio— voy a movele la silla a mi caballo pa que nos vamos, que nos perdemos lo mejor del parrandón.

—A los bailes es mejor llegá cuando ya ta prendió, no olvides que el primer mai es de los loros.

Melesio y Natalio pusieron sus remontas en marcha, procediendo su animada conversación.

—¿Pero sí te pagó bien el misiú el tiempo que le trabajaste?

—No hombre... si por cierto me fui sin que me arreglara los dos últimos meses.

—Será que no tienes necesidad.

—Tú sabes que rial nunca estorba. Lo que pasó fue que como el viejo estaba bravo conmigo y tú sabes que evitá nues cobardía, yo no quise esperarlo en el ható.

—Pero algo debiste haberle hecho tú.

—Ni tanto. Toa la culpa la tuvo un mal entendío: resulta que cuando él se fue puayá al pueblo de él, trajo un burro grandote quisque era demasiado fino. Entonces cuando se volvió me dijo: escucha Melesio... aquí haber tres machos: el toro, el burro y yo, ¿entiende? Nadie más, cualquier contratiempo me avisas a Portugal, ¿okey? A los poquitos días de habese ido el Musiú, se antojó'e morise el muérgano'e burro, y yo le puse un telegrama onde decía: "Murióse burro. ¿Qué jago con las burras, se las meto al toro o lo espero a usted?". En después me llegó una carta insultándome y yo ni corto, ni perezoso recogía mis pocos macundales y desocupé el nido por los coquitos.

—Caracha compa, ya llegamos fijate que gentío; mira cómo se ve esa vaina, parece una gusaná.

Los perros salieron por la manga del corral, dando la voz de alarma de la aparición de los nuevos visitantes.

Don Fausto con una sonrisa fraternal, proporcionada por lo feliz que estaba y los efectos del alcohol, salió hasta él a recibirlos.

—Bienveníos a esta casa todos mis amigos. Desmóntense y pasen pa lante —dijo el anciano al tiempo que les alcanzaba una botella de ron sin destapar— tomen muchachos. To cuerpo necesita alcohol pa que mate la bilis.

—Po la salud de usted y su familia —contestó Natalio al tiempo que se empinaba el litro.

—Gracias Don Fausto, usted como siempre tan amable.

—Siempre lo he sío... y maña vieja no es resabio. Pero bueno... dentren, que ya nosotros les llevamos buena ventaja en el corte, jace rato que tamo bailando má quiuna tara tuca.

Con innumerables satisfacciones, los dos amigos hicieron su arribo al salón. Con mirada atenta lo recorrieron al mismo tiempo, comprobando el lleno desbordante que allí había.

Las parejas ocupaban el extremo izquierdo del local. Los hombres deambulaban por la sala, prestos a elegir su pareja con los primeros acordes del corrío; blancos pañuelos poblaban el espacio y los candiles parpadeaban luchando incasables contra el acecho de la brisa nocturna.

Al fondo, los músicos, briosamente daban los toques de afinación ritual. La bandola con arpegios indefinibles, lanza sus quejas por el oleaje de un mar de alegrías, surcando por veleros cargados de amargas.

Los acordes de un pajarillo llenan los espíritus de emoción, y el ronquido de las alpargatas se acompasa con el inquieto bordoneo. Repiquetea el cuatro parrandero y las maracas sabanean por los senderos del corrío.

Un mocetón de manos callosas y atlética figura se apuesta junto a los ejecutantes y con un grito cerrero baña íntegramente la recién construida sala.

Innumerables parejas saborean el aroma del son, al tiempo que sus oídos con suma atención captan la espontánea interpretación:

A...a...a...a... la lay...
 Gregoria tuvo la culpa
 que Eudecio Campo muriera,
 por ta de diente pelao
 de coqueta y tracalera
 fue que lo tiró Senón
 con munición palomera.
 Después que lo vio en el suelo
 le pegó una tembladera,
 se puso las alpargatas
 y se ajiló a la carrera,
 deseando con toda el alma
 que se prendiera una guerra
 y que su cuerpo quedara

tendido en una trinchera
para pagar con la vida
lo que por celos hiciera.

Ella lloró sobre el muerto
rogando que reviviera
y heridas en el pecho
cubrió con su cabellera,
con el buen presentimiento
que la sangre no saliera.
Antes de llegar la aurora
con la brisa mañanera,
mucho antes que al fogón
arrempujen leña nueva
y que el picure cebao
con cuidao deja la cueva,
se fue rumbo a una montaña
sin importarles las fieras.

Dicen las lenguas por ahí
que la ven en la cuaresma
y que le brillan los ojos
como caimán en chorrera;
le teme a la Cruz de Mayo,
le juye a la luna llena
cuando se mete a los montes
alborota las chenchenas
y que sus gritos se oyen
por lo menos a tres lenguas,
se sale de los cazadores
pero ninguno la espera,
porque pega unos ronquidos
como baba en caramera.

El joropo llegó a su final. Los hondos suspiros y la respiración acelerada se confundían con el murmullo del gentío.

Don Fausto abandona y va en busca del muchacho que acababa de ejecutar el corrío, y poniéndole la diestra sobre el hombro le dijo:

—Moisés, eso es cantar por la goma, así se canta en el llano.

Las muchachas lo miraban con entusiasmo y adoración, y sus genuinos pensamientos lo situaban en el debido lugar en que debe ocupar el hombre de esas tierras que nace dotado de la savia del poeta improvisador.

A los pocos instantes hacen su entrada Margot y Luisa en compañía de su hermano Pedro; ellas lucen preciosos trajes, su elegante estatura con la gracia del buen caminar, formaban un conjunto de bellezas, con el abono de lo artificial se hicieron dueñas de las miradas de todos.

Elauteria les salió al paso, invitando a las muchachas a sentarse en un lugar elegido para damas, ambas rechazaban el ofrecimiento para hacerlo al lado opuesto de la entrada del salón.

Perucho, luciendo un sombrero callejero de gruesa cinta, se acerca al bandolista, quien con gesto preocupado transporta el instrumento.

—¿Entonces? —díjole en forma de saludo.

—Todo bien —contestó Juan.

—Tócate *Amor traicionero*, pana —ordenó secamente.

—¿No será más bien el *Gabán camorrero* el que el señor quiere?

—Háblame en castellano pure, y por favor, consígueme una jeva, ¿okey? Pero bacana ¿entiende?

—No camarita... aquí lo que hay es ron, y esa clase de cerveza que tu nombras puaquí no ha llegao tuavía.

Doña María sale al centro de la sala y contagiada de la alegría que allí reinaba, brindó a los presentes una declamación:

Amigo quién es usted
que no lo había conocio
ni pa la Semana Santa
pueste lugar ha venío.

Este baile está prendió
como banco en mes de marzo
tamos más sudaos quiun farso
pero eso sí, divertíos.

Que llueva y que crezca el río
aguardiente por coñazo,
que a mí me importa un bagazo
perdé lo que no ha sío mío.

No se vayan a fijá muchachas
en hombre comprometío
porque el día menos pensao
se quedan sin el avío,
con un muchacho llorón
sin el segundo apellío
otro tratándote mal
y muerto'e risa el jodío.

Para ustedes caballeros
ténganlo por bien sabío,
en gallo no hay que creé
to gallo pierde corrió,
ni en lágrima de mujé
porque es un tiempo perdío.

—¡Ah vieja bien relancina! —gritó don Fausto pasándole ambos brazos por donde antes existiera una cintura perfectamente delineada.

—Toy más alegre quiun pájaro en la boca de un gato —dijo ella mimosa.

—Asina me gusta hija. Toquen algo, que tenga plumas, un bicho que vuele por ejemplo: una guacharaca, un gabán, un pajarillo, un gavilán o en fin cualquier broma que huela a bosta, cagajón y mastranto, que hasta yo soy capaz de soltar mi chinchorrazo.

—Que viejos tan idiotas —dijo Luisa a Margot— si esto continúa, mis nervios van a estallar.

—Yo te dije que era mejor que nos quedáramos en casa —contestó la aludida.

—Si... pero ¿quién soporta la insistencia de nuestro papi?

—¡Ay no...! Qué fastidio. ¿Miras aquel indio que está allá descalzo y enrollado? Dizque invitándome a bailar, ni más faltaba.

—Por favor Margot, vamos a decirles a nuestros padres que marcharemos.

—¿Cómo crees? ¿No ves lo felices que ellos están?

—Claro, si se encuentran en su ambiente.

—Salgamos al patio querida, y roguemos que pase ligero esta noche y así sea más corta nuestra pesadilla.

El repique de los bordones guía el vuelo de una guacharaca. El cuatro retozón le sigue a la distancia y el capacho sonriente que de manera altanera le sirve de baquiano. Un bongo taciturno con sus remos fiesteros, navega río abajo y el farol se alimenta con brisas del estero:

Ése es el llano amigos
 que tiene Venezuela
 un Arauca de antaño
 que no tiene fronteras.
 Una raza olvidada
 que es la raza llanera
 y vive en olvido
 mientras el pueblo no halla guerra.
 Un pueblo que miró
 nacer a Marisela
 una sabana inmensa
 que dormita en la espera.
 Mirar a doña Bárbara
 con toda su soberbia
 que don Alberto Arvelo
 le escriba más poemas
 que Rómulo Gallegos
 comprenda su miseria
 que regrese Bolívar

izando la bandera
para brindarles a todos
los pechos de trinchera
y sin meterle a nada
cruzar la cordillera
y si por segunda vez
una voz altanera
pueda gritarle al mundo
abajo las cadenas.
Apure hospitalario
Barinas lisonjera
Cojedes legendario
Guárico y sus palmeras.
Portuguesa desborda
su hermosa hechicera
Casanare en sus pampas
revivirá las huellas
que dejó en Florentino
antes de la tragedia
de una noche sin luna
cuando al diablo venciera.
San Martín, sus cuadrillas
también la macarena
el meta y sus centauros
al Orinoco llegan
saludando al Vichada
por ser cumpleaños
vestirá el Amazonas
verde traje de seda.
En su cuerpo en reposo
no dormirá la fiera
porque entonces del indio
la flecha es más certera
se haría más ilusiones
la pluma de Rivera
diciéndole a la mía
que ella es una cualquiera.

Será igual al oír una misa sin persignarse, que asistir a una fiesta llanera, sin que en ella se haga presente el contrapunteo. El intercambio de versos es el alma de este extenso y bello folklore.

Allí se juega el todo por el todo, ligereza de pensamiento, facilidad de improvisación y las rimas perfectas, son factores que se unen para decirle a un pueblo que su religión e ideales marcharán con él hasta el sepulcro.

Verso, tú haces canción
quiero una que sea bien grande,
para cantarle a mi madre
rendido de adoración.

Tres copleros frente a frente hacen que las parejas abandonen el son, para quedar a la expectativa del duelo que poéticamente iba a celebrar.

Rosendo toma la delantera echándose aire con el pelo'e guamá, como queriendo barrer con él las huellas dejadas del sol.

Le sigue Melesio, retratando en cada sílaba la salvaje malicia con coraje y valor.

Natalio con su voz natural, es la imagen más pura del cantar sin escuela, que lo hace por amor.

Contrapunteo

Rosendo:
Señores no he preguntao
que si quieren ni cuántos son
el que se muera se entierra
aunque le falte el cajón.

Melesio:
Quién ha visto cocinera
bailando con cinturón
pa que venga a salí
con esa comparación.

Natalio:

Burro con hambre forrea
azúcar no es papelón
no trabaje con enfermo
ni coma con doctor.

Rosendo:

Al cielo le pido muerte
al diablo una maldición
que me mande un aguacero
pero que el agua sea ron.

Melesio:

Al pendejo no le ajila
ni que pesque en ribazón
el muerto le pela el diente
al muchacho ques llorón.

Natalio:

Ni que le zampe el anzuelo
en la jeta al valentón
porque el que nació pa pobre
debe morir de pión.

Rosendo:

A charco que no tiene agua
no lo visita el garzón
pero lo visita la garza
que es de la misma nación.

Melesio:

A palo que no fuera
no le baja cigarrón
pero hasta el más entendió
sufre una equivocación.

Natalio:

Borracho con rial no estorba
ni que arroje el mostrador
cualquiera porque sea viejo
le pega un piazó'e Don.

Rosendo:

Marrano no josa en banco
porque le juye al terrón
con aguacero ventiao
ningún mono es dormilón.

Melesio:

Todo sastre es embustero
todo pulpero es ladrón
todo negro pelo liso
jusa la mala intención.

Natalio:

La intención le hace el momento
embustero es el amor
porque siempre lo reemplaza
el desprecio y el rencor.

Rosendo:

Le echa culpa a los años
cuando un viejo es regañón
cuando el cuerpo quiere rejoy
se sienta en el mandador.

Melesio:

El destino es el que manda
la mente de un soñador
yo el año pasao pensaba
que éste taba mejor.

Natalio:

Según por tu cara veo
que este año tas es más peor
porque de la realidá
hay mucho a la aspiración.

Rosendo:

Ya para subir al cielo
en el último escalón
me acordé que había dejao
un topocho en el fogón.

Melesio:

Cuando el tiempo es de cosecha
no vale de nada un pintón
horita vale un rialero
como ta la situación.

Natalio:

Cuando el marrano está gordo
hasta el rabo es chicharrón
vale más pájaro en mano
que pato en un higuérón.

Rosendo:

Cuando miro a una muchacha
tetas de cambur poyón
me relampaguean los ojos
como muchacho velón.

Melesio:

Cuando un hombre se enamora
mete el embuste a montón
así no tenga una locha
dice que tiene un millón.

—Así es que se bate el cobre —gritó un borracho.

Y con demasiada razón. El contrapunteo es un encuentro espontáneo que tiene una rivalidad donde cada intérprete tiene su propia barra. La misión de cada coplero está compuesta por cuantiosas dificultades, a saber: no confundir el tema ni la rima, no repetir versos, para cambiar la rima es necesario pedir dentro del canto la autorización al rival. Como es de lógica, cantador que no acepte estas condiciones, es considerado perdedor y muchos no aceptan tan a la buena su derrota. De allí que muchas veces se presentan peleas.

Es el timón de un barco que navega en los mares de un pueblo que figura en la historia. La auténtica música del llano no tiene cantantes, la canción la da el momento vivido y si al momento le pedimos al intérprete que nos repita la misma canción, quedaría en nada, ya que son versos nacidos, por lo general, en un momento de inspiración.

Es la una de la madrugada. El gallo pasionero batiendo sus alas aleja los espantos con su canto.

La sala permanece colmada de parejas. Doña María riega el piso, aplacando la tierra disuelta por las alpargatas. La fiesta en plena madurez espera arrogante de nuevo el día. Pareja por pareja se van turnando para efectuar el hombre un brioso zapateo que cada cual intenta de superar.

José Antonio, a quien todos en el vecindario apodan Chigüirote, es un sesentón que habita en la isla de Las Ánimas dedicado a la profesión de yerbatero, donde vive en un rancho solitario que sólo visitan los que necesitan sus servicios.

Lleva una vieja manta, tirada al descuido sobre su hombro, un deteriorado sombrero de palma, pantalones cortos de dril y unas alpargatas hechas de cuero crudo de cochino.

Ataviado de esta manera presentaba al propio y clásico veguero, aunque José Antonio es nada más y nada menos que el único médico de la región.

Con pasos firmes y pausados abandonó el escaño para dirigirse al centro de la sala. Luego de forma autoritaria le dice a Demetrio:

—Dame una palomita vale, que yo también quiero mover hasta el último huesito de mi esqueleto —el aludido, con una sonrisa cariñosa, le hace entrega de la mujer que baila.

Chigüirote comenzó con un estilo lento y nada común. Pero, al tocarle el turno de ejecutar el zapateo impulsó todas sus energías y el suelo inocentemente sintió el duro castigo de sus pies.

—¡Por ahí Chigüirote! —gritaban los espectadores.

—Mira el viejo ta sacando las uñas.

—Parece un zamuro jalando tripa —dijo alguien.

Regina, su pareja, sintiéndose alagada por las miradas. Sacó pecho y la parte trasera de su vestido acariciaba sus torcidas curvas.

—No estrechen que la cerca es de alambre.

—Habrán campo y anchura que aquí los que van son las hermosuras —decía el anciano sonriendo.

Termina el son. El bandolista moja con saliva las puntas de sus dedos y se dispone a abandonar el asiento. Los bailadores lo siguen hasta el patio, para recibir el aire puro antes que estuviera despeinado el pajonal y luego llega colmado del aroma de los espinos.

Natalio se queda extasiado contemplando a Elauteria que con los sesgos rayos de la aurora se mira más bonita que nunca.

Al prisionero de los hechizos de la belleza pensó: “Qué linda es, claro que todas las mujeres lo son y lo hicieron para despertar el amor en el corazón del patriarca más rebelde. Sin embargo... existen tantas, por sus aptitudes, sus senos son dignos de amantar un rebaño de leones”.

Elauteria ignorando que es el objeto de observación y figura central de tan profundos pensamientos, siente que la brisa mañanera acaricia sus cabellos en el desorden e ignora que es la estampa viviente de una diosa del monte.

Natalio tímidamente se le aproxima para decirle muy quedo al oído:

—¿En qué estas pensando?

—No pienso... sueño —dijo apenas con un hilo de voz— ¿y tú al fin te recordate de mí?

—¿Crees que pueda habé un ser viviente que te haiga conocío y que se olvide de tu existencia?

—Por ejemplo podía serlo tú. ¿Has gozado mucho? Porque no he bailao contigo, parece que te importa más la cantaduría. ¿Acaso taré equivocada?

—Cien por cien, —contestó— sabes que hasta hoy lo que alegra y amarga mi vida es tu recuerdo.

—¿Qué quieres decirme tú con eso?

—Pueda que mucho o ná, ya que acostumbro a dejá que hablen mis sentimientos.

—Mal hecho Natalio, ¿sabes por qué?

—No, no sé.

—Por la sencilla razón que ser sincero es perjudicial pa los hombres hoy en día.

—A lo mejor tas en lo cierto, pero yo siempre tendré un corazón pa hablarle con él en la mano.

—Sí, pero no se te vaya a olvidar que hay tantas ocasiones que el cuerpo manda a los sentimientos, el que se queja es porque le duele ¿no crees?

—Dende tú lo digas y ¿qué más?

—Francamente tengo tanto que decite que no jayo por dónde empezá.

—¿Por ejemplo?

—Que toy enamorao perdidamente de ti —dijo como si masticara las palabras.

—Ay... Natalio, ¿y eso así cómo asina?

—Asina mismo como lo está escuchando. Es un grito que hasta hoy he tratao de mantené escondío aquí en el pecho, pero se ha llegao el momento de no permanecé guardando en el silencio.

—No chico... te juro que esto no lo esperaba yo y es algo onde no sé qué contestate.

—Bueno, po lo pronto quédate con la respuesta que mientras tanto yo sigo viviendo con la obsesión y esperanza. Pero te juro que si tú llegaras a quereme no me cambiaría ni puel señor presidente.

—Cállate... mira que pueden oí la gente to lo que me dices.

—Diacuerdo, mientras decides quereme aunque sea la cuarta parte de lo que te toy queriendo.

—Sí Natalio, te aseguro que sí, yo nací pa vestí santos y si algún día me caso, será contigo, lo juro por mi madre —dijo la muchacha temblando como si hubiese cometido alarmante delito.

La conversación llegó al final y los jóvenes se reunieron con la multitud.

Con el nuevo día daban los primeros pasos dos grandes ilusiones y ella danzaba apoyada de unos fuertes brazos al son de un pasaje sentimental.

Don Fausto los mira en silencio. Doña María, que se encuentra junto a él, le dice:

—Forman una bonita pareja y parece en realidá quiambos se gustan.

—Lo mismito estaba pensando yo, que casualidá. Pues yo po lo menos nunca había visto a Elauteria interesá en nadie, ¿qué tal que se llegaran a enamorá?

—Yo por mi parte no me disgusta, él es un buen muchacho, hasta los ayudaré a fundá.

Melesio llegó junto a ellos sacándolos de sus meditaciones, al decirles:

—Hay pelea, allá en el patio están agarrados Marcos y Fidel, se tan dando coñazos al por mayor.

Se oyen gritos. La multitud corre a presenciar el episodio.

—Mire, le zampó la mano bien puesta.

—No vaya a dejá que le pegue en el suelo —dijo otro.

Fidel se paró jadeante y mirando a su rival le habló en alta voz:

—Conmigo, que respete a los machos.

—Menos hablá vale y manos a la obra, acaso tas creyendo que ésta es una pelea e comadres, cumplí lo dicho, claro si pudieras.

—Pa luego es tarde, dialguna vaina debe morí el hombre, menos'è parto —y como toros se fajaron a puño limpio.

Los chasquidos de los golpes hacen estremecer a los presentes. Los dos hombres se habían convertido en unas bestias.

—Déjenlos que pelien —comentó Cirilio— eso les sirve pa que se les quite el hipo, además jace rato que se taban gruñendo, como si fueran perros y gatos.

Don Fausto procede a evitar que siga la riña, al mismo tiempo que los aconseja:

—Ya ta bien, se dieron muescazos hasta que se les paró el ombligo; ahora dense la mano, queden como amigos y que se siga la parranda, ya que esta cuestión no se jaya to los días.

Con los rostros sangrantes, ambos obedecen al anciano, prometiéndose amistad en lo sucesivo dejan que el licor castigue las profundas cortadas de sus labios.

Los rayos de plata del sol naciente son un fiel testigo de la furia de los hombres, que al igual que el *lemming*, se destruye para sobrevivir sobre su propia ruina.

Después de la tempestad llega la calma, un ambiente sofocante ha vencido al dolor.

Qué grandeza de corazones, bien se podría decir sin pecar: que son tan enormes que en muy contados pechos se pueden hospedar.

El baile ha sido suspendido para dar inicio a las riñas de gallos. Giros, canagüeyes, requemados y zambos, no se sabe de dónde salen, pero lo importante es que allí están listos para la pelea.

Los criollos son parados frente a frente y así se les escoge el contendor.

—¿Salen, cámara?

—Por supuesto que sí.

—¿Con cuánto pelea su gallo?

—Con cien pesos que me están jaciendo estorbo en el bolsillo.

—Ta pago. ¿Amolamo?

—Pa luego es tarde, échele bola que yo no soy de su familia.

Las apuestas se extienden por el público, una fortuna queda en poder de la suerte.

Comienzan las volteretas y la gritería se acrecienta.

—Pica pollo...

—Del buche...

—No mame que a ti no te dieron teta.

—Eso es comía'è viernes.

—Asina no lo trajeron.

—Trecientos pesos a mi gallo voy... trecientos pesos a mi gallo voy.

—¿Quién dijo pago?

—Pago con usté —dijo un ocurrente.

—Asoliela cámara, mire que los billetes guardao se mojocean.

—Plata en mano y narga en tierra.

—Ya ese pendejo no ganó, ta con las piernas abiertas y asina las únicas que ganan rial son las mujeres.

—Ta llevando más machete quel topochal de María Mota.

—¿Quién fue el que dijo que las mujeres abriendo las piernas ganaban plata? —preguntó Regina.

—Yo —respondió Chigüirote.

—Será la tía tuya.

—Seguramente, —dijo él— tú no, porque estás abajo'è la copa'el Rey.

—La boca se le tuerza, viejo sucio. Si los deseos empreñaran, yo tuviera nietos.

El zambo comenzó a pisarse el ala izquierda y las apuestas en su contra se agigantaban.

—Una vaca paría voy al Pinto —dijo don Pedro.

—Cuidao si te la quitan —dijo una voz.

El colorao pega el pico en el suelo, ya no siente en su cuerpo las espuelas de su rival y en medio del bullicio la vida se le escapa.

Peelas y más peelas miran llegar la tarde y con ésta se aleja la gente de la fiesta.

Todo tiene su comienzo y su fin. Las leyes de la vida se muestran desafiantes ante ese escenario que Dios bautizó como mundo. Porque

allí nadie puede pasar sin dejar una anécdota en su ancho y largo recorrido.

El baile ha llegado a su ocaso. Es un anciano que agoniza. A su entierro le acompañan rostros desalentados, ojeras que muestran la silueta del terrible trasnocho y el veneno del ron.

Los rostros marchitados van surcando caminos y las parejas muestran allá por sus costados un mapa dibujado con tinta del sudor.

Natalio forma parte de aquella caravana, siendo un rutero más, y una nueva esperanza nada en su corazón, que abrazado a la esperanza trocha por los senderos del mundo soñador.

—¿En qué piensas Nata? —le preguntó Melesio, que marchaba al lado de su amigo en su brioso corcel.

—Pienso... tanto y tantas cosas; que mi pobre cabeza tiene es un remolino con aguas del temor, y allá en su fondo miro un boga solitario y un barco sin timón.

—Tas de mil a uno. ¿Sabes cuánto vale un hombre enamorado?

—Asegún —respondió—. Porque si es correspondío, ta en la buena.

—Sí... amigo, pero tú estas enamora o di una mujé muy joven y bonita, y amor de niña es agua en cesto que al primer tropiezo se bota.

En el hato Maporal las chicharras enlutaban el atardecer de aquel mes de mayo.

Veinte hombres rudos y sueltos hacían los preparativos para llevar acabo el trabajo de vaquerías rutinario. Los vaqueros revisaban sus monturas, dominando al mismo tiempo las sogas que servían de cárcel a los cimarrones.

Don Pedro en su calidad de dueño y caporal inspeccionaba detenidamente el estado de las cosas y primordialmente la capacidad de cada peón. Iba saludando a todos con una suave sonrisa apenas pronunciada. Luego los invita a pasar al comedor y a planificar allí las labores a realizar el día siguiente.

La forma cariñosa de tratar de don Pedro a los trabajadores hace que éstos lo estimen en alto grado. El silencio se ha hecho dueño de la estancia y todos esperan que sea él quien tome la palabra.

—Siéntense muchachos, bien pueden seguir—dijo el viejo sentándose también en el puesto de honor que le correspondía.

Cirilo era unos de los vaqueros de planta de aquel hato, le averiguó al anciano:

—¿Qué pasó don Pedro, que el señor Rodríguez no vino este año?

Don Pedro bajó un tanto la mirada, tal vez tratando de coordinar y alejar de su memoria unos malos recuerdos. Luego aclarándose el pecho contestó:

—Bueno. Yo exactamente no sé qué es lo que sucede en realidad a ese señor. Lo cierto es que en el otro día nos encontramos en El Paso Real y casi me tumbaba de mi caballo sin saludarme. Una confusión debe existir ya que yo el único mal que le he hecho a ese elemento, es habele ayudao a hace un capital de una forma desinteresada.

Un individuo gordo y colorao que estaba sentado a la diestra del viejo, le cortó en forma violenta, replicándole:

—Eso es falso. Cuando Sinforoso Rodríguez y Rodríguez pisó esta tierra traía consigo una cuantiosa fortuna.

—Antonces las tendrían guardá, —expuso don Pedro— porque siempre vivía más limpio que el cuello de un ministro. Con decile que yo le di muchas veces pa los cigarrillos y abastecimiento de su rancho, a veces me trabajaba como albañil y los reales que yo le pagaba se los parrandiaba toítos en aguardiente.

—No puede ser —aseguró el gordo—, y ese enorme capital que tiene de donde lo iba a sacar de la noche a la mañana.

—¿Usted no sabe? Yo sí que lo sé y ya se lo voy a explicá pa que se desenculque y ponga: cuando él llegó aquí con la gocha esa que tiene, nosotros le dimos trabajo, como él ni sabía montá caballo, arrimaba la leña y remendaba la cerca. La mujer liayudaba a la mía en los quiaseres de la casa. Al trancurrí el tiempo yo viéndolos más en vaina que tres enlanca de un burro con la gurupera corta, me jise el propio de ayudarlos: les paré una casa en el banco Matepalma; yo mismo trabajé talando un conuco y

sembrándole yuca y topocho. Les lleva el pan, la carne, el dulce y el café de aquí de mi provisión. Y esa mujé, mire en aquella ocasión era pior que una curía, toas las menguantes paría.

—Sí fuera sido vaca, merecía habela compraó —dijo Natalio.

El gordo molesto por la exposición que hizo el hacendado suspendió la comida protestando el contenido.

—Yo no juzgo esos puntos de vista como algo inmoral, creo que nos da lugar a murmuraciones el hecho de traer hijos al mundo, puesto que el propio Jesús dijo: multiplicaos y viviréis unos arribas de los otros.

—Hasta eso sí es verdá. Lo mismo que cuando expulsó a Adán y a Eva del paraíso terrenal, le dijo a Adán: “Comerás el pan mediante el sudor de tu frente”, y a ella le dijo: “Tú, Eva... comerás con el sudor del pan...” y punto.

—Ahora apartando un poquito nuestra conversación de la biblia, le agradecería me dejara terminar la historia de su amigo. ¿Se puede?

—Prosiga.

—Como mi sana intención era sacarlo de esa situación, le di a Rodríguez y Rodríguez cien marranas madrineras y ocho padrotes a media, pero, la pura verdá es que esos animales se convirtieron toítos en machos, porque nunca dieron cría y así, se acabaron. Claro... si el carajo cambiaba bojotes de marranos por ganao, de ñapa cualquier becerro que a mí se me quedaba sin jerrá, aparecía con el jierro de él a tres golpes, como pa que yo no fuera a dudá que era de él.

—¿Por qué con todas esa pruebas a su favor no lo mandó a poner preso?

—¿Sabes por qué? Por pendejísimo, a pesar que del bolsa no se ha escrito historia —dijo el anciano con tristeza.

—Esa no es una digna respuesta.

—Pa usted puede que no, pero pa mí sí. ¿Y sabe la última vaina que me echó? Se fue puayá pal pueblo de él y se trajo un atajo'e gente, pa'llenarme casi todas mis mejores tierras:

—Un momento don Pedro —dijo el gordo poniéndose de pie— se hace necesario que modere sus palabras, ya que las está usando de una manera calumniosa que no sólo atenta contra la moral del señor Rodríguez, también la de nuestra comunidad colonial a sabiendas de

que somos nosotros esas personas que según vuestras aseveraciones malintencionadas, respetamos a los intrusos que de una u otra forma marchitamos su tranquilidad. Primeramente debería caer en cuenta que nosotros fuimos introducidos en esta zona según programa elaborado por la reforma agraria. Siendo la ejecución 31 del artículo 114 de la ordenanza 54 que trata sobre los latifundios y que ampara al campesinado menos favorecido. Por todas estas obvias razones han quedado vetados los explotadores y los explotados se han convertidos en propietarios.

—En resumidas cuentas que todas esas leyes de que usted habla, del único Juan Bimba que se olvidaron fue de yo —dijo don Fausto con ironía— y lo voy a desembrá duina vez, pero desde que llegaron esos nobles ciudadanos la aparición mermó por 40 por ciento, lo que quiere decí que me han dao como carne'e cachete.

—¿Me cuenta o me da quejas?

—Ni una cosa ni la otra. Sencillamente le toy contestando a su señoría. Lo que pasa es que la verdá es amarga y la mano va onde está el dolor.

—Por lo visto considero que mi presencia no le es del todo grata. Si me permiten me retiro —dijo el gordo dispuesto a marchar.

—Por mi parte y la del cura, aunque se case ventura, si quiere puede quedase que yo ya toy acostumbrado a criá zamuros, pa que me saquen los ojos el día menos pensao.

—Okey... llevaré un mensaje de usted, al señor Rodríguez y Rodríguez, desde luego si es de su entera satisfacción.

—Ah... y como no y la mamá de él me jace el favor de saludamela.

El gordo quiso disimular a toda costa la indignación que lo asechaba, pero se contuvo a sabiendas de la realidad. Como queriendo controlar de alguna forma sus impulsos, ya en la puerta le preguntó a don Pedro en tono irónico:

—¿De manera que usted no está de acuerdo, en que el gobierno apoye a los hombres de trabajo?

—Como no lo voy a ta. Sería el primero en pedí esa ayuda, ya que trabajador siempre lo he sío; a pesar que el trabajo lo dejó Dios como castigo.

—Muy bonita su explicación, ¿no le parece?

—Claro. Y si la quiere más bella, póngale flores.

Cerrando la reja de un golpe, salió el gordo, dejando al descubierto un fuerte enfado.

—Va caliente ese coño —dijo don Pedro a los presentes.

—Horitica pagará la rabia con una res o un marrano suyo —comentó Natalio.

El anciano pasándose una mano temblorosa por sus cabellos, como pensando, habló:

—Esa gente me ta arruinando a mí y a esta tierra. La fauna la acabaron, cazaron animales hasta pa vendé y cuando venían unos turistas amigos de ellos, mataban los venaos pa llevase solamente los cachos. Ésos son elementos que jacen hasta matá por lo ajeno. Son representantes de ese refrán que dice: “El picure trabaja pa la lapa”

El cantar de los gallos alerta a los peones, que deben dar comienzo a la jornada del primer día de vaquería. El silbido de los guaitacaminos se confunde con la algarabía de las guacharacas, ya que estas aves despier-tan mucho antes de que el alba emprenda su recorrido por los caminos del llano.

Uno por uno, van llegando a la caballeriza los vaqueros, cabres-tiando el caballo de turno, aperándolo de inmediato.

—Quieto... quieto, ¿qué le pasa a este muérgano? ¿No se quiere dejá aperá? Pensará quel freno me lo voy a poné yo —dijo Melesio como hablando con su caballo.

—Caballo gordo, cámara —dijo Natalio que está junto a él.

—Esto me sucede a mí, por abandonao, he debió de pasialo ayer.

—Pues sí... es que uno se acuerda'e Santa Bárbara cuando relampaguea. La canción de la raya: “Como soy redonda y lisa, tuel mundo me pisa, pero el puyazo enseña y el doló avisa”.

—¿Ya todos tan listos?, —preguntó don Pedro montado sobre su caballo.

—Completamente —dijeron todos.

El ruido del repiquetear de los cascos se extiende por la orilla de la empalizada, perdiéndose en la lejanía. Algunos más afortunados, logran que sus brutos corceles los traten con buenos modales; a cambio otros, por obligación tienen que jinetear.

Al cabalgar varias millas los animales se desbravan, los jinetes descansan del castigo de sus pretensiones.

—Va llové hoy hasta por los montes —murmuro Natalio que trochaba junto a don Pedro.

—Sí —respondió el viejo—, nos va a trastorná esta lluvia, porque el ganao deja tempranito el dormitorio cuando cae el agua.

—El todo es que no se rieguen tanto, ayer le dije a Victorio y Avelino que amanecieran allá con el rebaño. Pueda que lo logren.

—Lo harán, claro está, si dejaron la teta temprano.

—Trabajosos, porque de ñapa los dos están recién casaos.

—¿Así es la cosa? Esos vaineros cambian más de mujé que de interiores.

—Ese Avelino es más vagabundo que Mandinga y de golpe se lleva su buen susto, porque el Diablo quisque lo ta persiguiendo.

—¿Será verdá eso?

—Verdaíta... y lo peor es que él mismo tiene la culpa, por ponerse de farolón a ta jaciendo negocios con el diablo.

—Figúrate quel Viernes Santo se levantó a punto'e media noche, ensilló una mula negra que tiene y se fue pal monte de Lecherote y comenzó a llamarlo a to grito; diciéndole que viniera pa que negociaran, que él le daba el alma a cambio de bastante ganao y bestia. Antonces oyó una voz lejana que le decía: “Lo espero mañana a esta misma hora, en su sitio onde no se escuche el cantar de los gallos y el latir de los perros, allíablaremos. Por ahora abandone mis dominios”.

—¿Y tuvo el valor de volvé?

—Ni lo dude. A la noche siguiente la costa ese monte y se fue mucho más lejos. Cuando la Cruz de Mayo estaba derecha allá en el cielo, se apió de la mula, tendió la cobijita en el pajonal y comenzó a llamarlo. Al ratico escuchó un zumbío, no hombre eso quisque parecía que los palos se iban a caé y enseguía los pasos de una bestia. Cuentan que cuando llegó junto a él se detuvo y dijo:

—Ponte de pie.

—Sí. Sí señor. —Le contestó de santa vaina.

—¿Quién eres tú, que tienes el valor de hablar conmigo?

—Me llaman Avelino Encinoza, señor.

—¿Y qué es lo que quieres de mí?

—Que me jagas el hombre más rico de toa esta región.

—¿A cambio de qué?

—Yo he escuchao decí que a usted le gusta comprá las almas, que es igual a los políticos y yo toy resuelto a vendele la mía.

—Serás complacido como recompensa de tu valentía, pero tenemos que firmar un contrato que consta de lo siguiente: el documento debe escribirse con la sangre de tus venas, el papel debe ser de la piel de alguien que no haya nacido.

—¿Cómo asina?

—Demasiado fácil. Mira: tu mujer está encinta, matadla, sacas a tu hijo de su vientre, lo desuellas, sacas el cuero y lo extiendes en un lugar donde reciba los rayos del sol. Al tener todo esto, te espero en este mismo sitio para que firmemos. ¿De acuerdo?

—Sí... sí, de acuerdo, aquí estaré —contestó Avelino con voz temblorosa.

—Ah, y antes que se me olvide, de ahora en adelante, no mentarás a Dios, ni rendirás culto excepto a mí. Vete en desgracia.

—Avelino se volvió a su casa, con las negras intenciones de cumplir las órdenes recibidas por el maligno. De antemano los planes del llegaban por bojotes: pensaba en lo tranquilo que iba a pasá la vida, poniendo a trabajá para él a los que antes habían hecho que él sudara el colete, ganándose un pobre jornal.

—¿Y diay qué pasó?

—Bueno, él dice que cuando llegó al fundo se bajó de la mula, tantió el cuchillo y se metió en el cuarto decidido a asesinar su mujer. Prendió la lámpara, se detuvo por unos minutos al carajito mayor entre sus brazos. Pero entonces sintió un remordimiento muy grande. Y seguro la voz de la conciencia le habló: “¿Cómo vas a quitale la vida a una criatura que conoció la pobreza y contigo la ha compartido sin echátele en cara? ¿Y ahora que serás inmensamente rico, va a la muerte, para que disfrutes de lo que a costa de su vida y la del ser que lleva en sus entrañas conseguite?”.

—No... no, —gritó roncamente— y su mujer se sobresaltó, y viéndolo junto a la hamaca, le tendió los brazos invitándolo a su lado. Y hasta ahí llegó la cuestión.

—Caracho, bastante serio el asunto.

—Sí... un verdadero berenjenal. Y como él no se fue a la cita con el otro jodío, entonces hora lo persigue hasta en el cardo. Al otro día andaba pescando, iba agua abajo en su canoa y cuando menos acordó, dijo un murcielagote a volale en la proa'e la canoa y de golpe el bicho se transformó en un cipote negro bien enmoyerao; agarró la palanca muy tranquilote y le dijo: "¿Con quién vamos patrón?", "Con Dios"—le respondió Avelino— y chupulum... se zumbó al río. Pero Avelino dice que él le vio los cachos y la cola, pero eso sí esaitico como pintan al Diablo.

—No me diga; yo había oído decí que a ese hombre le daban unas pesadillas muy feas, pero no sabía la causa.

—No hombre... ese cada rato dice que mira vení un hombre en burro negro, pico blanco ¡y qué gritos que forma! Figúrese que jace unos días se dejó agarrá con la noche y un jodío enlanca y eso quisque le arrastraban las patas puese terronal, porque tenía unas pendejas canillas y los pies tenían el talón palante.

—Muesca... muesca, pobre Diablo.

—Y eso es ná. Resulta que el condena Galiprucio hora no lo quiere dejá en paz. Seguro por habele quedao mal en el asunto'e la firma.

—En casi ná se ha metío Avelino antonce. Pero bueno, en conclusión pienso ques mejor debele el alma al Diablo, que ofrecele a pobres y debele a ricos.

Las manadas de ganado se dispersan en diferentes direcciones. El griterío y el canto de los vaqueros son estimulantes del nerviosismo de los cuadrúpedos. Los caballos se muestran fatigados. Cada uno mira en el ganado su rival más asiduo. Al fin el rodeo se acomoda en los lienzos del banco recién quemados. Los más atrevidos en busca de libertad salen en grupos, son castigados acariciando el pasto tierno con sus lomos a ser coleados por los hábiles jinetes, sin tener más remedio que regresar al punto de partida.

Don Pedro ordena se comience el parto.

—Vamos apartá la madrina del hato y endespué la de vaquería.

—Sí señó —contestó Natalio alertando su caballo.

Un trajín sin medida se desborda en el banco. Los mugidos de la manada se confunden con los gritos de los vaqueros. Al cabo de muchas horas de penoso trabajo, victoriosamente se logra la clasificación del ganado. El rodeo se deja en libertad y la madrina se encima hacia el hato. En una manada aparte encierran los toros y novillos destinados a la venta, en la corraleja los que han de ser castrados y en el corral principal los terneros para marcar.

Dos jinetes conducen a la casa la ternera elegida para el desayuno y afanosamente proceden a descuartizarla. Los demás, después de dejar los caballos en el potrero, comienzan la hierra, se escuchan los lamentos de las crías al sentir el hierro candente sobre sus ancas.

Ganaderos comerciantes rondan el hato. don Pedro, como es de lógica, espera la mejor oferta. Pancho, que es uno de los principales compradores, se aproxima al hacendado exigiéndole le venda la cosecha.

—¿A cómo me vas a dejá este año esos abortos?

—Yo pienso que no me voy a dejá embromá contigo esta vez —repuso don Pedro.

—Y luego, ¿qué pasó el año pasado?

—¿Tuavía te jaces el inocente? ¿No recuerdas que te puse las nargas y la saliva dejándote ese ganao tan barato?

—Tas disparatiando. ¿Y qué más querías?

—Guá... te sacastes una lotería en aquella ocasión, te di setecientos novillos a razón de 50 pesos cada uno y tú, aquí en el mismo hato ese mismo día los vendite a cien, delante de yo mismo como pa que sintiera cosquillita.

—Pero bueno; pida entonces. Lo que pasa es que no hay nadie que no coma jallando la mesa puesta.

—Te voy a dá este ganao a ciento diez cada uno. Comprometiéndome a pararle 1200 novillos de 4 años arriba pa que escoja los que le gusten. ¿De acuerdo?

—¿Me piensa dejá pidiendo limosna?

—Todo ha subío. Como será que hasta la hija mía se ha dao'e cuenta; el otro día se puso una falda demasiado corta y cuando la mamá le reclamó, le dijo que todo taba subiendo.

—Vamos al grano vale —dijo don Pancho.

—A ochenta pesos te pago tuesos muérganos; eso sí, no rezago ni a uno. ¿Aceptas?

—Subile a los cien y tamos cogios.

—Ni por cien mulas rucias; yo no voy a compra pan pa vendé pan. ¿Cómo se te ocurre?

—Tamos enredaos en los pelos, por algo que no vale la pena. Tiremos a la diferencia al blanco —propuso don Pedro.

—Echémore pierna: yo nací esnú, to lo que tengo es ganancia.

Los dos amigos cerraron la apuesta, y Natalio se dispuso a construir un blanco en un guamo que se encontraba junto al corral. El trabajo es suspendido y los vaqueros se disponen para presenciar la fabulosa apuesta.

—¿A cuanta distancia? —preguntó don Pedro.

—¿Te parece bien a cincuenta metros?

—Sí.

Dos delincuentes 38 grueso calibre y cachá de nácar salieron de sus fundas mientras los ejecutantes se situaban en la línea de tiro.

Don Pancho marcó punto. Los curiosos corren por el resultado:

—Cuatro deos del lao arriba del blanco —gritaron.

—Apártese que ay voy yo —dijo don Pedro, y con gran veteranía tapó el blanco con la mira de sus cuatros cuartos. Esta vez corre la multitud, pero don Pedro la detiene:

—Espérense —les dijo—, que vaya don Pancho y se mate por su propia vista.

—Que vaya Natalio por mí —pidió éste— Natalio obedeciendo se encaminó hacia el árbol. Después de inspeccionarlo detenidamente dio el veredicto final:

—El disparo ta en la parte diarriba del banco y comiendo orilla.

—Ganó don Pedro —gritaron todos.

—Ganó —dijo don Pancho—, aunque yo me iba a llevar tu ganao al precio que fuera.

—Divina justicia —comentó don Pedro—, lo ques del cura va pa la iglesia.

Verano y tragedia

El horizonte es un espejo móvil en el enorme lienzo de los llanos; allá en la lejanía galopa un jinete solitario. El Guarataro del banco de las Ánimas se ha quedado sin hijas y parece más bien un fantasma en pie que se enfrenta a la intemperie. Un campo desolado y triste abarca su mirada, los ganados han buscado amparo de los montes. Los callos muestran allá en su fondo, tostado por el sol, un cementerio donde se miran los esqueletos de un humilde cerdo, de toros cimarrones y caballos salvajes domados por la muerte. Hay fuertes remolinos, que tal vez el fuego por dentro parecen llevar.

Natalio intenta escupir, pero su boca reseca no se lo permite y solamente un apagado ruido le sale de sus labios. Detiene la marcha, enérgicamente abandona la montura, contempla los ijares espumosos de su caballo y acariciándole las crines le dice:

—Pobre bayo... pobre amigo, por sé pobres tamos asina.

El animal parece comprender sus palabras y al sentir nuevamente sobre sus lomos los kilos de su amo, prosigue el camino.

—Allá... ta el hatajo de Rocinante —exclamó—. Qué muérganos, prefieren morise de la sé, que dí a bebe al caño'e Marcote.

A los pocos instantes una hilera de equinos, de distintos tamaños, son guiados por caballo y jinete. Ya se alcanzan a ver bandadas de garzones y un enjambre de pájaros multicolores volando sobre el monte. Las aguas turbias del pequeño fuente, cuentan con un jardín superficial, pero las flores son pescados muertos por los rayos del sol. Las babas al notar la presencia de Natalio, se sumergen en la espesura del pantano. Grandes manadas de ganado dormitan a la sombra de los laureles.

Natalio arrima su caballo a la orilla, le quita el freno y luego extrae de su silla un laboreado cacho de toro, llenándolo de amarillento líquido, esquivando que en su fondo aparezcan los abollantes frutos del excremento de los chiguire. Caballo y hombre deben su entusiasmo al agua mugrienta que cae sobre ellos cual si fuese un bálsamo de un arroyo encantado que devuelve una a una todas sus energías.

Miles y miles de vacunos, equinos y porcinos se refugian en un bebedero. Las aves extienden sus alas sobre los palos de agua sin hojas y los venados iban al lado de los burros.

—Esto debe ser igual al purgatorio —pensó Natalio— porque creo que allá tampoco existen pretenciosos.

El jinete regresa al hato. La misma soledad que viene con la tarde le causa un escalofrío que le invade todo el cuerpo. Acompasado al dos y dos en su caballo, hablan sus pensamientos:

—“Mi ruta está marcada y al final me conduce a estos mismos caminos; esta tierra me vio nacer y espera guardá mis respetos entre su cuerpo. No quisiera dejar el punto de partida sin antes ver un hijo borrar todas las huellas que marcaron mis pies”.

En la tempestad de todas estas reflexiones llegó a casa de Cirilo, donde encontró un cruel acontecimiento: Damiana se hallaba en brazos de la muerte.

Cirilo a la cabecera de su esposa, llorando amargamente, acariciaba los cabellos de la enferma. La noche con su manto cobijó el rancho con

una tormentosa pesadilla. La fiebre hacia delirar a la hermosa mujer y sus mejillas color canela se tornaban color carbón, víctima de la alta fiebre que le azotaba. Sus manos se enredaban con su copiosa cabellera tratando de arrancársela y Cirilo tenía que intervenir para evitarlo. La moribunda hablaba en su delirio:

—Cirilo, vámonos —decía ella— vámonos... que en la puerta me está esperando una mujer vestida de blanco. Mírala... allá jaciéndome señas, que me apure, que te deje, que me vaya. Es la muerte Cirilo... que vino a buscarme y con ella debo irme. Sí... es ella, yo la conozco, porque sus manos son flacas y deformes. Dame tus manos Cirilo, deja que yo las apriete fuertemente mientras las fuerzas no me abandonen. Así... así... adiós... adiós... Cirilo, ojalá el señor de los cielos te dé otra mujer que ocupe este sitio que abandono hoy. Y que... no abuse... de todo... lo generoso y... buen, que... tú ere. Mi vida se acaba, pero... allá onde vivan los muertos, te seguiré queriendo y esperando.

Sus ojos se cerraron para siempre, por sus mejillas corrían abundantes lágrimas y sus dedos sin fuerzas se soltaron de las manos del hombre.

Cirilo miraba a Natalio y un nudo en el pecho no lo dejaba pronunciar palabra. Un llanto que más bien era un ronquido, llenó los cuatro costados de la alcoba. Tendió sus mejillas sobre el pecho de la muerta, lloró amargamente, hasta inundar de lágrimas aquellos dos senos que fueron moldeados para un amor de tan pocos días y que también morían.

La aurora despeinando los pajonales con la brisa mañanera, llegó a los aleros de la casa. Todo parecía igual. Los pajarillos volaban de rama en rama. El sol abandonaba la tierra para emprender su recorrido diario por el cielo y las vacas con tristes mugidos llegaban al corral. Un hombre cabizbajo medía con pasos vacilantes aquel patio de frondosos jazmines; la pena con sus dardos le despedazaba el alma.

Con la ayuda de Natalio, allí mismo en el jardín del patio le dieron sepultura. ¿Por qué? Para tenerla cerca, y aunque estuviera muerta, de allí no se marchará.

Desde entonces Cirilo nunca volvió a reír. Se pasaba los días rezándole al amor perdido y poniéndole flores sobre la cruz de laurel, que con sus propias manos fabricó el Viernes Santo.

El tiempo, sin percatarse de los acontecimientos, continuaba su demarcada ruta, al igual que un río arrasa lo que a su paso encuentra. Natalio venía constantemente y en vano intentaba consolar a su amigo. Cirilo pasaba las noches en vela rompiendo el silencio con sollozos del alma.

Cirilo estaba recostado en él, su figura lucía del todo descuidada. Escribía algo sobre un papel, pero al mirar a Natalio que llegaba, lo guardó en su bolsillo.

—Buenas tardes —le dijo el visitante en forma de saludo.

—Buenas se las dé el Señor. ¿Qué vientos te echaron poray?

—Voy pal velorio de Lecherote. ¿Quieres que vamos? —le invitó.

—No, Nata. A mí no me provoca salir, me siento cansao; tal parece que tuviera cincuenta años más, anda tú.

—Resolvete chico... la pena moral te va a matá —le dijo en tono afirmativo.

—Pueda que sí o pueda que no, a lo mejor lo hago yo mismo un día de estos.

—Es mejor que ni pienses esas cosas, hay que creé en el destino y todo lo borra el paso del tiempo. Quitate esos tucos viejos, ponete la silla a tu caballo y a Lecherote antes que lo sepa el Diablo. No sabes de lo que te vas a perdé... hay la muchacha que cachea, tu sabes que la muchacha es igualita a la hallaca, por mal hechas que sean, son apetitosas.

—No estoy asegurando lo contrario, pero... yo tengo algo más urgente y por lo tanto no puedo acompañarte. Tengo que prendele unas velas a Damiana, recuerda que hoy está cumpliendo tres meses y un día de muerta.

—Ah, sí. Pero bueno vamos a préndeselas, te ayudo a rezá y luego nos vamos al velorio.

—No insistas que no te voy a complacé.

—¿Sabes una cosa?

—¿Qué será?

—¿Te acuerdas de Isabel, la hija del viejo Félix?

—Sí. ¿Qué le pasó?

—Nada. Que está más buena que una guanábana'è regalo. Eso es un bomboncito y un día me tuvo preguntando por ti. Me preguntó que si no pensabas volverte a casá; que quién te jacía la comía y te lavaba la ropa, pa mejor decí me dio a entendé que ta que muerde el anzuelo contigo.

—¡Cállate!—grito Cirilo— ¿qué pensaría Damiana si te escuchara?

—Perdóname Cirilo, no ha sío mi intención ofendete.

—Es que no lo has hecho —afirmó Cirilo— tú eres el mejor amigo que tengo. Mi mayor anhelo es que siempre te vaya bien, mirate casao con Elauteria; esa muchacha para mí es como una hija, para Damiana era lo mismo. El amor es algo muy digno de vivirlo, pero cuando es un amor sano y perdurable como el que nos unió a Damiana y a mí. Llegó el momento de uninos para siempre, hasta ese día que vino la muerte y se la llevó. La felicidad que yo viví a su lado, no la encontraré jamás en otros brazos y para mí todo ha terminado. Yo me llenaba de placer recorriendo estos campos, mirando día a día crecer los rebaños y las matas del conuco. Regresaba en las tardes cuando ese sol se acuesta; sentir sus suaves manos, aliviando las huellas que ese mismo sol que se marchaba dejaba en mis espaldas. Hoy todo esto sin ella no significa nada para mí. Las palabras que me dijo ella al morir se quedaron en mis pensamientos. Tú, Nata; tú que estás adornando una mujer igual a mi difunta esposa, hacete merecedor de ella... ella lleva en sus venas la sangre provinciana y pura, tan igual a esa que hoy se encuentra en un montón de tierra, reteniéndola firme hasta que yo la alcance. Yo te pido Natalio: que el día que yo marche a reunirme con ella, me entieren bien cerquita dionde ella ta durmiendo y éste rancho y las tierras, consérvalas Natalio, para ti y Elauteria.

—Mira Cirilo—murmuró Natalio con tristeza— ¿tú eres un hombre macho, verdá?

—Sí... cobarde nunca he sío, pero hay cosas que aunque uno no quisiera, se deben de cumplí. Por qué voy aparentá que deseo diversiones, que puedo enamorarme nuevamente, traer una mujer hasta esta casa, que no será capaz de borrar los recuerdos que aquí quedaron.

—Por qué no vendes esta cuestión y te compras algo por allá bien lejos; tú sabes que la distancia es el mejor fortificante del olvido.

—A mí eso me parece imposible. ¿Crees tú que yo puedo vender todo esto y dime a gastar esos bienes y mi vida a otra parte? No... no lo haría nunca, porque en el importe de lo que me lleve, quedarán incluidos los restos de Damiana.

—De toas maneras piensa lo que vas hacer y yo me voy —dijo Natalio al tiempo que ajustaba la silla de su caballo. Alertándolo con los talones agarró camino, partiendo con la oscuridad de la noche y martillando en su cerebro el contenido de las palabras de Cirilo.

—Caracha —dijo como hablando entre sí—, hoy lo he notado un poco raro. A lo mejor son figuraciones mías, Dios es muy grande y él sabrá cuidalo.

Los relámpagos a cada instante se hacían más fuertes. Las aves nocturnas lanzaban despavoridos gritos y las bandadas de cocuyos abarcaban al viajero.

Natalio llegó al caño del Temblador, un rebaño'e chigüires en veloz carrera reventaban los bejuqueros. Los chicuacos cambiaron las ramas y las chenchenas volaron caño abajo. Un fuerte ventarrón mecía los guayabales y el aguacero azotaba los senderos. Un silbido penetrante le dejó chirriando el oído derecho y murmuró:

—Que piazo'e muerte pa tené pulmón y qué pico bien bueno pa una chinchulita —dijo como para apaciguar sus nervios.

Los silbidos fueron cada vez más fuertes y tan próximos que Natalio sintió escalofríos pasear de sus pies a la cabeza y allí trataban de fugarse con su sombrero. “¿Qué locura mía. Ni enamora que tuviera pa zampame en semejante compromisión. Hubiera sío mejor habeme quedao en casa 'e Cirilo. Pa más ñapa este jodío silbando y silbando junto'e mí”, pensó. El ánimo como queriendo fastidiarlo más le pegó un chiflido que parecía que fuese enlanca del caballo.

—Cállate la jeta carajo si eres tan arrecho, vamos a vé que vas a jacé cuando llegemos.

La manga del corral de Lecherote dio la bienvenida a Natalio. Los silbidos del muerto que en todo el camino le habían acompañado se fueron costeano la cerca y haciéndose cada vez más débiles.

—Yo te lo avisé... yo te lo avisé; guerra avisá no mata soldado y si lo mata es por descuidao. ¿Recuerdas que te lo dije? Cuando asomemos las narices al fundo, vas a quedá pelando bola, porque esta jodía es pa los vivos; el muerto al hoyo y el vivo al brollo.

Hasta el paradero llegaron los perros ladrando. El caballo de Natalio lleno de brío se espantó de lao, como queriendo alejar de sus lomos su jinete.

El velorio está en plena vivencia, los candiles parpadean sin cesar y las velas derretidas cuestionan el altar. La caballeriza está desierta de seres humanos y repleta de corceles ensillados. Natalio con gran esfuerzo encontró un sitio para alojar el suyo y desde allí escuchaba claramente los cantos del velorio. Colgó su cobija y sombrero en el cacho de un toro que se encontraba pegado a un horcón. En la sala, la multitud en silencio escuchaba las tristes notas del cantar:

Salió la Virgen del Carmen
 desde el portal de Belén
 ciego, dame una naranja
 que vengo muerta de sed.
 Cógelas de una en una
 llévalas de tres en tres.
 Cuando agarró la primera
 el ciego comenzó a ver,
 y al llegar a la segunda
 ya el hombre miraba bien.
 Aya... yay... yay...yay... yay... yay.
 Garrafita, garrafita.

Terminaron el coro los vocalistas y las damas pasaron y se arrodillaron frente al altar para dar comienzo al rosario.

—Esto es folklore, esto es... algo que dice la biografía de un pueblo —pensó Natalio disponiéndose a seguir adelante.

Nostálgico sabor de tradición se hospeda en cada salón. Mujeres de hermosura incomparable al igual que unas diosas profanas, invitaban desafiantes a que uno se fuera a ese viaje del mundo del amor. Pero qué difícil es ser admitido en esa caravana. Se hace muy necesario cultivar con astucia los jardines en flor y seguirán creciendo con frutos de emoción, ancianas de mirar melancólico, son las raíces marchitas de esas ninfas que Dios le dio de gracias al hombre por ser redentor.

Todos se ponen de pie al notar la llegada de Natalio. Con signos de humildad se acercan uno a uno para estrechar su mano.

—Pero qué caballero y bien arriesgao, —dijo Chigüirote con vos ronca— yo no me hubiera venío a estas horas diagua y en este mes, que es el mes del Silbón. Hay que tené voluntá y corazón. ¿Y eso? ¿Por qué te vinite tan tarde?

—El trabajo, hermano. Tú sabes que el hombre alquilero es como una mujé casá: debe de cumplí primero con la obligación.

—Que le traigan café caliente a esta criatura, que viene más mojada que una palanca —ordenó doña Andrea.

Isabel lucía un vestido de crespón color marrón. Un juego de aretes con brillantes resplandecía al relé de sus cabellos. Con airoso caminar se aproximó a Natalio para iniciar una extensa conversación:

—¿Se puede? —le dijo sentándose junto a él.

—Con mucho gusto —respondió—, tú sabes que en mi lugar nunca puede faltá un puesto pa tu persona.

—¿Pasate ponde Cirilo?

—Sí.

—¿Y qué tal ta ese hombre?

—Más envainao que nunca: desmoralizao, chivú y flaquito. Me aburrí de convidalo que viniéramos, pero se negó rotundamente.

—Caramba, a ese hombre lo va a matá la pena moral, y ese mal no tiene cura.

—Pues sí... y de hay que vé el cambio que ha habido en él. Ya no es ni la sombra.

—A pesar que lo tiene todo, es joven y esas puntas'è novillos que vende to los años. Bueno, yo creo que las pacas'è billetes no las brinca un venao.

—Ajá... ¿ésos son unos de los mejores sentimientos que debe tené un hombre, verdá?

—Bueno forma parte, porque el amor con hambre no dura —comentó Isabel sonriente.

—Antonces el hombre que no tiene ná, según tu pensamiento, ¿es como un conuco sin palizá?

—Poco más o menos.

Las botellas de aguardiente corrían de mano en mano. Al ser extraído su contenido eran arrojadas al basurero; si hablaran seguro que dirían: me embriagué, me besaste, ¿te hice temblar de emoción y luego me desprecias? Sí... ése es tu destino.

Los chistes, los juegos y los sentimentales acordes de las cifras han hecho que ésta noche vuele como por arte de magia. Regresa el amanecer con nuevos horizontes. Natalio se marchó a la caballeriza y entretenido prepara su caballo. Isabel le da alcance:

—Ya te vas, asina sin dasete ná?

—Lo que toca, toca, ¿no crees?

—Ende que tú lo digas. Natalio, ¿es verdá que te casas con Elauteria?

—Si la suerte me ayuda, pueda que sí.

—¿Y cuándo es el pavo?

—En diciembre, si Dios no dispone otra cosa —respondió el muchacho.

—¿Y el matrimonio onde lo van a celebrá?

—Bueno... yo quería que fuera sí en el pueblo, pero don Fausto se empeña en que tiene que sé en el hato.

—¿Caprichoso el anciano, verdá?

—Seguramente. Y en realidad tiene hasta sobrá razón por sé su única hija... y además que el que quiere besá, tiene que buscá la boca. Yo considero que ese asunto de casorios es pa uno el hombre lo mismito

que cuando se va a montá un caballo por primera vez: el uno le dice que la silla ta muy adelante, el otro que el bozal es demasiao ancho, que la gurupera ta muy corta, que no lo vaya a jalá muy duro porque se le puede tirá pa trás y otras cantidades'e cuestiones. Pero, en despué que queda solo en la silla tiene que apretá las piernas bien duro pa no perdé la montura.

—Esas comparaciones tuyas no me convencen. Como primera medía nosotras no andamo corriendo atrás di ustedes, ¿entendió?

—Yo no toy asegurando lo contrario, sin embargo te voy a poné un ejemplo. De mi punto'e vista: las mujeres son las principales alcachuretas que nosotros dentremos en la tentación. Jablemos de los pueblos: cuando en una esquina se encuentran reuníos varios hombres, viene una muchacha caminando toda escachalandrá. Pero cuando se da cuenta que la tan observando, cambia de caminao y se pone más andona que la mula de un rico.

—¿La daré por perdía entonces?

—No es para tanto. Cada cual opina a su manera.

—¿Te vas ahora que el baile comienza?

—Qué se puede jacé —comentó Natalio con resignación— me encuentro más comprometío que el ganao que llevan pal matadero.

—No se te olvide que estás viviendo lo último de tu soltería.

—Sí... pero el perro se debe espantá antes que sea demasiado tarde. Adiós pué... que te diviertas bastante y me despides de los demás.

—Con muchísimo gusto. Dámele un abrazote a Cirilo y que te vaya bien bueno.

Algo como un susto doloroso envolvía el corazón de Natalio y un extraño presentimiento se hospedaba en su pecho. La mañana aparecía envuelta en lienzos de un misterio aterrador.

Allá... muy a lo lejos se dibujaba la silueta del fundo de Cirilo, las gaviotas alborotadas volaban sobre el raudal y las garzas taciturnas dormitan en los juncales. Una manada de toros pintaban en el banco y una brisa húmeda se llevaba sus ecos.

Natalio se detuvo pensativo y como si hablara para alguien invisible, murmuró: “Cuando los toros se lamentan va a morirse un llanero de verdá verdá; mala leche a quién le toque el turno”.

Al cruzar el Camino Real del bebedero, Natalio se encuentra con don Faustino.

—¿Dionde venís? —preguntó el hacendado en forma de saludo.

—Tuve un rato en el velorio que estaban celebrando en Lecherote.

—Pero te perdite de lo mejor ques el baile. ¿Qué pasó? ¿Pelea?

—No. Por asuntos de trabajo, don Fausto. Toy repasando unos caballos y en el potrero no hay agua. ¿Y usted pa onde va?

—Pa casa del Negro Vera, a vé si él me puede apartar unas latas‘e melao. Me contaron quel empezó a molé la semana pasá.

—Yo me iba ajilá derechito pa Hato Viejo, pero resolví venime dando este vuelcón, pa ve que es de la vida de Cirilo. Anoche como a las ocho que pasé por el velorio, lo noté un poco raro.

—¿Asina es la cosa? Como resulta que ta cerca, yo también te voy acompañá; ya que jace días que no nos vemos con Cirilo —y al efecto, don Faustino apareca su cabalgadura a la de Natalio para dirigirse al fundo de su yerno.

—¿Y puayá po la casa cómo tan de salú? —preguntó Natalio a su futuro suegro.

—Gordos, pero jipatos —respondió el viejo al tiempo que dejaba escapar una sonora carcajada. Natalio lo imitó, para más luego continuar la conversación.

—Resolví aceptá una proposición de don Fausto, de que el matrimonio nuestro, es decí Elauteria y yo, se haga asina como usted tiene pensao, en su casa.

—Y es que así tiene que sé —responde— porque hasta ahorita el que manda soy yo, y el que no le gusta mi gobierno que se asile.

Natalio por toda respuesta, guardó silencio bajando la mirada.

—¿Y qué tal va ese fundo? —preguntó don Fausto, cambiando de tema.

—Ya ta más o menos. Me falta para la caballeriza y el corral. Es quel tiempo pasa volando.

—Pero bueno... poco a poco se anda lejo y cuando se hayan casao, lo arreglarán mejor entre juntos. ¿No te parece?

—Tocará... claro que yo quería tené eso lo mejor posible, pa cuando ella llegue; pero es que ahora es un lío pa conseguí quien

le ayude a uno a trabajá. Pa trabajá como enfermero y pa comé como doctor.

—Sí... que calamidá, pero desafortunadamente ésa es la realidad en pasta. Son los tiempos hijo. Hoy todo se ha transformado: los bueyes de carga los remplazan los tractores, los caballos'e silla, los carros; y la vergüenza, la flojera. Qué gran diferencia a cuando a nosotros nos tocaba trabajá ayuda por ayuda, es decí: mano vuelta. De esta forma cual primero procuraba pagale mejor a su vecino. Pero hoy en día no puede sé; llegaron a estos llanos gentes con costumbres de otros pueblos y si uno les propone estas cosas, le dicen que sí, pero que vaya uno primero y despué es mucho cuento que le manden puay un piazó'e flojo patuleco pa resolvé sus jornales. Eso fue cuando el llano era de nosotros —prosiguió el anciano con voz triste— cuando el hombre se sentía dueño y señor de todo lo que su vista fuera capaz de abarcá. Suyos eran todos los montes con atributos que hubiera en su seno. Suya era la sabana y la corriente de los ríos, más lo que quisiera y pudiera extraé de su fondo. No había tanto egoísmo y tanto apego a la cara del finao; que en resumidas cuentas se llama sencillamente plata. Hoy en sus totalidades se encuentran repletas dese metal, y quien lo tiene, es lo único que tiene valor, sin importar su pasado y procedimiento.

El viejo hace pausa y continúa:

Todo el que tiene dinero
tiene la sangre liviana,
aunque su papá sea un perro
y su mamá una caimana.

—Pero en el caso no es ese. Es má. Convengo en que no todo el mundo lleve el privilegio de tené fortuna; porque el que nació pa pión es mucho cuento que muera de caporal. Pero lo que sí no convengo es que esos troncos diavisos que ponen en la puerta de esos cipotes de alambraos: PROHIBIDO EL PASO A PARTICULARES, LA CAZA Y LA PESCA. Tal parece que al transcurrir el tiempo al llano lo hubiera vendió el cielo.

—Caramba —exclama Natalio—, quién pudiera haber vivido esa época; me figuro yo que to esto sería un verdadero paraíso.

—Sí. Algo por el estilo. Porque el hombre era un renovador del camino que dejaban sus abuelos y el pan de cada día era compartío

entre vecinos. El pi3n comía el mismo manjar del dueño y hasta en la misma mesa.

—Qué bonito... qué bonito.

Un día trágico

Mientras nuestros caminantes hacen remembranzas de aquellos tiempos idos, son muchas las millas de camino que llegan y van en su vientre los cascos de sus caballos. Bandadas de garzas blancas surcan los espacios. Las vacas desesperadas rodean el corral implorando les dejen llevar el alimento a sus hijos.

—¿Qué pasará? —dice don Fausto— ¿sería que a Cirilo se le olvidó que hoy tenía que ordeñá?

—Eso parece —contestó Natalio.

De esta manera arriban a las instalaciones del fundo. Una soledad total acobija el lugar. A excepción de los animales del patio, que en busca de alimentos revolotean de lado a lado.

Don Fausto desmonta procediendo a entrar y Natalio en silencio le sigue. En la sala de gruesas paredes de adobe, tres macanas permanecen amarradas en uno de sus extremos. El sombrero de Cirilo cuelga de la punta de un enorme cuerno de toro que para tales efectos hay en un machón del centro.

—Epa, ¿onde anda la gente diaquí? —gritó don Fausto.

Un completo silencio fue la contesta.

—Asómate al cuarto, que yo voy aguaitá po los lados de la cocina —dijo el anciano.

Natalio suelta un guaral que sostiene las argollas de la puerta de la alcoba principal y la abre de par en par. Sus ojos no pueden presenciar los objetos que allí había debido a la oscuridad del aposento. Cauteloso sale para reunirse con don Fausto, quien en ese mismo instante venía por el corredor a paso acelerado.

—No, puay no hay naiden. Esto ta color de hormiga. Vamos a dar una vuelta puel conuco a vé si de golpe ta jalando pala.

—No... no creo, en ese caso primero hubiera ordeñao. Tú sabes que Cirilo es un hombre demasiado metódico y responsable.

—Eso es lo raro. Me huele a que el sufrimiento en que vivía lo ha llevado al borde de la locura. Dios quiera y mis suposiciones sean falsas.

—Sigamos buscándolo y esperemos hasta el final a vé ques lo que ta pasando.

Ambos prosiguen una intensa búsqueda por todos los alrededores del fundo con resultados negativos. Al entrar por tercera vez por el cuarto matrimonial y una vez encendidas las luces, don Fausto abrió un enorme y viejo baúl de pino que se encontraba sobre una troja. En la parte interior de la tapa y pegado a la misma, había una foto de su difunta hija.

—Qué hermosa taba aquí mi hija —comentó el anciano, mientras dos lágrimas salían de sus ojos, para más luego destense regando sus arrugadas mejillas— parece mentira que te hoy muerta; así como me ta mirando, la tuve tantas vece junto a mí, alentando las dolencias de mis quehaceres y mis años.

Don Fausto, no pudiéndose contener por más tiempo, con ronquidos del llanto, abandonó la estancia, dejando el baúl abierto. Natalio ocupa el lugar que éste dejara y saca un cofre color café. De inmediato procede a

abrirlo; en su fondo encuentra gran cantidad de cartas y fotografías. Abre la primera y a la luz de una vela, comienza a leer:

Punta Brava, 3 de Mayo de 1940

Cirilo Aponte
ESM

En estos mismos momentos acabo de leer la carta que me mandaste con Natalio. No sabes la inmensa alegría que llenó mi corazón al tener noticias tuyas.

Sería imposible poder explicarte todo lo que he sentido por las decisiones que en ella me comunicas. Me dices que te autorice para venir la próxima semana a hablar con mis padres para solicitarles su aprobación para elegir la fecha de nuestro matrimonio.

Tú sabes que en esta parte, tú eres el único que debes disponer de tus deseos y al mismo tiempo de mi. Estoy resuelta a irme contigo, para que estemos juntos hasta que el Señor resuelva lo contrario. Hoy soy más feliz que nunca, al saber que aquel amor que tú me juraste y yo también un día, se ha llegado el momento de convertirse en una realidad.

A mis oídos llegan claritas esas palabras que pronunciamos ese día, sin más testigos que el murmullo del río al jugar con los manglares. ¿Te las digo? No... no es preciso porque de sobra sé que tú las sabes de memoria al igual que yo.

Hasta luego amor mío, que la suerte te acompañe.

Tuya siempre

DAMIANA

Natalio siguió escudriñando cartas... y cartas llenas de amor, expresando en una forma ingenua y llena de promesas de entrega. Una de tantas detuvo su atención. Era escrita por Cirilo y en una de sus partes decía:

Amada mía: No te estoy ofreciendo un palacio con crias y pisos con alfombras; te ofrezco el amor de un campesino, que te lo quiere entregar para que tú no tengas que compartirlo con nadie más. Damiana, es todo lo que me dicta el alma que te diga. Y si algún día

el infortunio te arranca de mi lado por cualquier causa, renunciaré a la vida para seguirte o esperarte más adelante. Te lo juro por ésta + cruz y por mi madre. Que Dios me castigue si llegase a faltá.
Recibe muchos besos de quien te adora toa la vida.

CIRILO

Fotos, cartas, documentos de prenda agraria, desfilaban ante la vista de Natalio: “Esto contiene toa la historia del amor diambos”, pensó.

De sorpresa en sorpresa

Las manos temblorosas de Natalio dejaron de escudriñar aquel cofre colmado de recuerdos. Tal vez la incertidumbre por la desaparición de Cirilo lo indujo a abandonar la tarea. Siguió algo que le pareció ser una revelación de los acontecimientos. Esto fue un poema escrito por Cirilo tres días antes. Después de leerlo repetidamente lo depositó en el bolsillo de la blusa. A salir nuevamente al patio, contempló la misma soledad vista al llegar. He aquí el contenido del poema:

Rancho que solo quedaste
en esta llanura inmensa
tus palmas se están cayendo
cuando la brisa te besa.
Rancho que nos acobijaste
mientras la lluvia atraviesa
a interrumpir nuestro sueño
quería entrar a nuestra pieza.

Él ya comienza
a quedarse sin camino

por donde paso el destino
llevando la tarde a cuestras.
Una sola golondrina
mira al nido con tristeza
mi color también se incluía
escondido de la maleza,
y en ésta angustiosa ruina
del dolor soy débil presa,
llorando mi amor perdido
sentado sobre una ceiba.

Mi corazón fugitivo
solo y triste se lamenta
corre a reunirse con ella
cuando la noche se acerca.
Recuerdos del lindo ayer
se hospedan en mi cabeza
mientras el atardecer
me amenaza con fiereza.

Baja al jagüey a beber
chumbita sedienta
el patio llora también
porque hoy ninguno lo aprecia,
y él que quiere permanecer
limpio con la conciencia
de una anciana arrepentida
arrodillada en la iglesia.

Antes aquí no hacía frío
porque ella en mis brazos quieta
cuidaba mi sueño ardío
ya dormida o ya despierta.
Este rancho amigo mío
aunque a nadie le parezca
era algo con poderío
pa que nuestros hijos crezcan.

Yo escuchaba en la calceta
pintar el toro bravío
mientras mi pecho era un nío
para su pasión violenta.
Por el llano del corrío
quedó el amor del poeta,
a veces anda en el río
al son de la chapaleta
se duerme con el hastío
de buscarla y no la encuentra.
El galerón resentío
no ha vuelto pisá mi puerta,
me pesa el haber nació
y esta vida me atormenta,
porque no la he conseguido
pa tenerla aunque te muerta.

Un perro llega sentado del lado del potrero. Con ademanes de halago, se le acerca a don Fausto y a Natalio, invitándolos a que le sigan al mismo lugar de donde viniera.

—¿Qué le pasará a este animal? —dijo el anciano— a lo mejor tiene algún cunaguaro encaramao.

El fiel perro regresa más desesperado para luego salir corriendo.

—Esto es algo raro, vamos a tené que seguirlo a ve qué broma es lo que tiene el jaure puay escondío.

—¿Qué tal que le te pasando como a la guara, que de un simple lagartijo forman una mortecina?

—El que no ha tenío y llega tené, loco se quiere volvé.

—Sí señó. Franca realidá. Allá viene un diacaballo. ¿Quién será?

—Dios quiera y sea Cirilo. Aguardemos a vé.

Don Fausto muy preocupado se pasea por el patio. Sus manos juguetean con unas hojas de albahaca. Pensativo se aproxima a la

sepultura donde su hija duerme el sueño eterno. Frondosos malabares custodian a la muerta. El aroma de las flores le sale al encuentro. Con pasos vacilantes llega a la última mansión de la hija desaparecida. Unas coronas marchitas rodean otra radiante, de fresca hermosura. En el centro de la misma, colgado de blancos hilos, se encuentra una carta ensobrada. El anciano la examina, desprendiéndola cuidadosamente. En su lienzo, con letras claramente estampadas se lee: “Para quien la encuentre, por favor entregarla a Natalio García y a Elauteria Figueroa”.

—Esta letra es de Cirilo —exclamó el viejo en voz alta.

Con manos temblorosas rasgó el sobre y apresuradamente dio comienzo a la lectura. Al paso de la misma, sus ojos navegaban en el éxtasis de la sorpresa y la inquietud. El texto era el siguiente:

Natalio y Elauteria: cuando esta carta llegue a vuestras manos, yo ya seré un nuevo inquilino en el mundo de los muertos. Quizá estaré descansando en ese temeroso y despreciado sitio que por disimular le dicen tumba. Sí, allí: donde la luz del sol jamás alumbra, ni necesita la palabra acento.

Confío que me juzguen con benevolencia, con respecto al camino que me he trazado. Ustedes saben muy bien que cada cual con su camisa hace un casco. He resuelto quitarme la vida por mi propia mano, dando cumplimiento a una promesa de hombre que tenía que pagar.

Damiana me debe estar esperando, y es bien sabido, que uno debe ser puntual con la mujer, y aún más cuando se ama. No son causas desconocidas las que me empujan por el sendero de la muerte, cada cual sabe las goteras que caen de su rancho.

Desconozco, sí, el camino que tengo que pisar para llegar al lugar donde está Damiana; le preguntaré a los palmares y, si es el caso, al río y a la sabana, pues tal vez ellos la han visto pasar y pueda que hasta llorar por su ausencia.

Si es cierto que hay un cielo y ella me está aguardando en él, me refugiare en sus brazos, construiré un rancho aparte; y si los muertos quieren, mi amor será más fuerte que aquellas condiciones que imponga esa otra vida, si es que la hay. No me llamen cobarde, por favor se los ruego.

Díganle al mundo entero que yo morí hace tiempo, mucho antes de que un árbol colgara mi esqueleto. Cuando encuentren mi cuerpo repleto de gusanos, que el corazón callado dormite entre mi pecho; traigame hasta mi lecho, al lao del ser amado, que yo sé que aunque muerta, ella me está esperando.

Mientras tanto este rancho muy triste y desolado, lo es sólo en apariencias, nosotros lo cuidaremos para ustedes, ese es nuestro regalo, todo lo que hay en él: sus ganados, sus tierras, sus ríos, su verde monte, sus garzas y sus caños, la canoa, la palanca, el perro, los marranos, el conuco, el potrero, las yeguas y los caballos.

Y cuando en estos patios, vuestros hijos jugando, se posen sobre el suelo en que ella y yo descansamos, seremos muy felices, aún sin poder mirarlos, ni escuchar esos gritos de esos pechos tempranos.

No lloren por nosotros, que nosotros cantamos y si no nos escuchan es porque el de nosotros será un lenguaje distinto al que antes hablamos; pero sí... en ese idioma, desde que sea posible, por ustedes rezamos.

Hasta luego hijos míos
me marchó con retardo
asómate al potrero
por si menesto algo,
pues allí en ese trompillo
que hay junto al matapalo,
encontrarán mi cuerpo
porque yo lejos ando,
Buscando a mi Damiana
por cielo, monte y llano.

CIRILO

A duras penas, el anciano pudo terminar de leer la carta. El contenido de ella lo dejó envuelto en un remolino de llanto. Sus lágrimas gota a gota caían como la lluvia sobre la sepultura de su hija. Su temblorosa mano no dejaba de revolver sus blancos cabellos.

—He perdido mis dos hijos —murmuró en entrecortadas palabras a Natalio, que en esos momentos llegaba hasta él. Y sin comprender el estado anímico del viejo, preguntó:

—¿Qué le pasa don Fausto?

Él no se lo pudo responder, el copioso llanto no le permitía articular palabra. Por toda acción don Fausto le entregó la carta. Un grito de horror salió del pecho de Natalio y en fuerte abrazo, lloraron los dos hombres.

Melesio los encontró de esta forma y atónitamente contemplaba la escena. Algo muy serio debía ocurrir, porque los hombres lloran si el corazón no aguanta y el corazón del hombre soporta lo imposible.

Al darse cuenta que eran observados, con ademanes tercos se separaron: parecía que sus fuerzas hubieran marchado con la brisa.

—Melesio, Cirilo ha muerto.

—¿Cómo fue la cosa?

—Lo ignoramos, lo sabemos por esto —dijo Natalio al tiempo que le alcanzaba el papel. Melesio lo leyó apresurado y la tristeza cobijó su rostro.

—¡Qué desgracia! —exclamó— un amigo menos; pero, ¿ónde tará?

—Sabe Dios, puede sé que aiga dío pal monte de Marcote, y en to el centro aiga procedido a pegarse un tiro.

—No... no... —dijo Natalio— si hay lo dice en la carta; en el potrero.

—Vamos allá —dijeron en coro.

El perro bravo les salió al encuentro y, moviendo la cola, salió trochando para luego perderse en la espesura de la mata. Los tres amigos prosiguieron adelante y a los pocos instantes tenían ante sus ojos un terrible y tenebroso espectáculo.

El perro luchaba por subirse al grueso árbol y en su tallo gigante se encontraban marcadas las huellas de sus uñas. De una gruesa rama, colgando y danzando al vaivén de la brisa mañanera, estaba el cuerpo de Cirilo. Un rejo curtido presionaba el cuello. Su rostro quería imitar una sonrisa, pero los abultados ojos y su lengua por fuera estropeaban su intento. La sorpresa dejó paralizados por unos segundos a los tres hombres.

—¡Ay Dios mío! —gritó don Fausto— ¿por qué tenía que suceder esto? ¿Por qué tu voluntad acaba con el hombre que merece tu reino?

Si tu reino es la tierra y tu suelo lo puebla un enorme rebaño. Que tiene tantos malos a quien deben prohibirles que transiten en ella.

—Ánimo... ánimo mi viejo —le decía Natalio echándole su brazo por el hombro.

Melesio procedió a bajar el cuerpo; y cuando ellos pudieron tener noción de los acontecimientos que el horrible infortunio de un buen hombre les brindaba, ya éste marchaba con el muerto sobre el hombro, rumbo a la vivienda. Natalio y don Fausto le siguieron.

Al poco rato, Cirilo vestido de blanco yacía entre cuatro velas, mientras un crucifijo sobre su pecho bendecía el transcurrir de un sueño eterno.

—¿Qué haremos? —preguntó don Fausto.

Natalio y Melesio se cruzaron miradas interrogativas y luego el último propuso:

—Yo creo que lo primero es dír a Punta Brava a da el aviso, pa mejor decí, comuncale a todos los vecinos, y si a ustedes les conviene, yo me encargo de eso.

—Pa luego es tarde —contestó Natalio.

Don Fausto sentado en un butaco de cuero sostenía entre sus manos un Cristo, y un gemido, quizá como oración, escapaba de su pecho. Melesio de un salto se posesionó de su montura y le dio rienda suelta. Al cabo de unas horas, por distintas direcciones llegaban vecinos al lugar del siniestro caso. Las lágrimas no se hacían esperar y el escrito de confesión que Cirilo dejara pasaba de mano en mano torpedeando el corazón de los presentes.

Las ancianas rezaban. Sus voces opacadas, como ese día que moría, eran la propia esfinge de un sueño de terror. Una confusión total invadía por entero la estancia. Todos se sentían responsables por haber dejado en abandono a un ser sumergido en lo más profundo de la desesperación, un hombre que al borde de la locura, sin tener un consuelo, optó por dar la vida fustigando el dolor.

—¡Qué desgracia! —susurró Elauteria, sintiendo que un sollozo le desgarraba el pecho.

—Sí —respondió Natalio—, son leyes de este mundo y el destino del hombre: amar, ser amado, odiar, ser despreciado y más luego morir. Hoy, alguien quien fue para nosotros como un segundo padre, emprendió un largo viaje por un sendero muy desconocido. Cuando la muerte se acuerde de nosotros, ya tendremos allá, en ese otro mundo, un ser que nos oriente hasta el juicio final. Yo te prometo —dijo Natalio—, que el día que tú me faltes, haré exaiticamente lo que Cirilo hizo: me quitaré la vida y correré en tu encuentro.

Ella llorando se refugió en sus brazos rociando con sus lágrimas aquella confesión y así apareció la noche, esperando que el día trajera un nuevo sol.

Vocabulario regional

A PATA E MINGO: cerca.

AGUAITÁ: mirar, observar.

AJILÁ: que se encamina.

AJUSTE: contrato, arreglo de cuentas.

ALCACHURETO: que inventa, que dispone.

ALCORNOCAL: conjunto de árboles sabaneros.

ALERO: contorno de la casa.

APERO: cualesquiera de los utensilios de montar las bestias

ARAGUANAY: árbol muy fuerte y de hermosas flores amarillas, muy común en los llanos.

ARREBIATAR: atar a la cola de la bestia.

ATAVIADO: vestido, adornado, equipado.

ATRACA: en este caso se refiere a arribar, resguardarse.

BAQUIANO: conocedor, guía.

BERENJENAL: lío, enredo, problema.

BERRÍO: lamento prolongado.

BONGO: embarcación hecha de un tronco, que tiene no menos de 15 metros de largo.

BORSA: lelo, tonto.

- BUBAS: heridas, llagas.
BUTACA: silla o silleta de cuero de res.
CABALLERIZA: establo, enramada para equinos.
CAGAJÓN: excremento.
CALCETA: parte de la sabana que se inserta en el monte.
CAMINO REAL: vía principal de penetración.
CAMORRERO: peleón, pendenciero, reñidor, provocador.
CANAGÜEY: gallo blanco o pinto con charreteras doradas o rojas.
CANALETE: remo de pala muy ancha, generalmente ovalada, a veces con pala en ambos extremos, con el cual se boga y se dirige la embarcación sin apoyarse en el borde de la barca.
CANEY: rancho de palma donde se ejecuta la molienda.
CANOA: embarcación de remo, sin quilla, estrecha y puntiaguda en ambos extremos.
CANDIL: antorcha o lámpara.
CAÑO: pequeño afluente o quebrada.
CARACARO: árbol corpulento.
CARRIZAL: pastos naturales de gran tamaño.
CASTIZO: que posee los caracteres peculiares y típicos de un lugar, una raza o una actividad.
CLAVELITO: árbol de flores pintorescas.
CONUCO: granja o parcela.
COROCORA: garza roja.
COROTO: muebles, enseres, vasija construida de tapar.
CORRALEJA: corral pequeño.
CHARCO: parte del río de mayor profundidad.
CHAVALA: mujer, muchacha.
CHENCHENA: ave ribereña que avisa los peligros y el paso de los navegantes.
CHICHARRA: o cigarra, insecto que canta hasta reventar.
CHICUACO: ave pantanera de varios colores.
CHIMÓ: extracto de tabaco.
CHINCHORRO: hamaca de hilo.
CHINCHULITA: especie de avispas.
CHUMBITA: garza blanca muy pequeña.
CUATRONARÍ: serpiente “cuatronariz”.
DIAGOLPE: de repente, improvisado.

- ENJALMA: montura para bestias. Enjalmar o enjalmá: ensillar.
- ENLANCA: contracción de “en la anca”.
- ENMOYERAO: de extraordinaria musculatura.
- ENREJERAO O ARREJERAO: equipado o dotado.
- ESBORONAO: en borona, desecho, migaja.
- ESCACHALANDRAO: mal vestido, desperfecto.
- ESCAÑO: asientos consecutivos, escalones o escalas.
- ESCHINGAR: halar, evitar que alguien se vaya.
- ESMIGAJAO: deshecho en migajas.
- ESPANTOS: visiones que asustan.
- ESPINO: árbol sabanero de aromáticas flores.
- ESTERO: parte de la sabana cubierta de agua.
- FALSO: o farso. Tela que se usa debajo de montura o puerta de los potreros.
- FAROLÓN: espavientos, chocante.
- FUNDO: hato pequeño.
- GALIPRUCIO: monstruo, algo de aspecto repugnante.
- GARCERO: lugar donde duermen las garzas.
- GARZÓN: variedad de garza gigante.
- GIRO: gallo negro, o de otro color, cerrado con las alas blancas hasta la mitad y los gallardetes claros.
- GOCHO: que le falta una oreja.
- GURUPERA: parte de las monturas equinas fabricada por talabarteros.
- GUACHARACA: pava silvestre muy apetecida por su carne.
- GUAITACAMINO: ave nocturna.
- GUAFAL: o gradual. Sitio donde abundan las guafas o guaduas, variedad de bambú.
- GUAMAL: bosque de árboles de guama.
- GUARA: especie de zorro.
- GUARATARO: árbol llanero.
- GUAMÁ: árbol muy común en todos los terrenos bajos, y orillas de ríos y lagunas.
- HAMACA: red o tela gruesa que, colgada por los extremos, se usa de cama y columpio.
- HATAJO: manada de yeguas a cargo de un caballo padrote.
- HORCÓN: columna de madera en un corral.
- JABÚ: sinvergüenza, cínico, atenido.

JACER: hacer.

JAGÜEY: manantial de agua que se destina al uso doméstico.

JAMUGA: silla de cuero.

JAURE: perro.

JIERRA: hierra. Jornada de herrar: marcar con hierros el ganado.

JIENDAN: hundan (de hendir). Deformación: jendir.

JIPATO: persona muy blanca, anémica, enferma.

JORNALERO: obrero.

JOSAR: deformación de “hozar”. Cuando los cochinos escarban la tierra con el hocico.

JUSA: usar.

LAMBER: lamer.

LECHE: suerte. Mala leche: mala suerte

MACUNDALES: enseres del hogar.

MADRINA: conjunto de animales.

MADRINERO: vacuno que ayuda a desplazar el rebaño.

MANCEBO: hombre joven.

MANGA: guía para entrar al corral.

MANGLARES: plantas acuáticas.

MAPLETO: hombre despreciable, inútil o sin gracia.

MASTRANTO: arbusto sabanero de suave aroma.

MATAPALO: árbol que destruye los demás que se encuentran en su sitio.

MELCOCHA: conserva de miel de caña. “Hasta que tiemple la melcocha”: luchar hasta conseguir un objetivo.

MENESTAR: necesitar algo.

MOJOCEA: llenarse de moho. Deformación: mojo.

MUÉRGANO: abusivo, fregado.

MUESCAZOS: golpes.

MUTE: mondongo o sopa hecha con entrañas de la vaca.

ÑAPA: el extra o sobrante que el comerciante obsequia al comprador después de que éste realiza la compra.

PALENQUE: pared hecha de troncos.

PARADERO: donde duerme el ganado.

PAJONAL: promontorio de paja.

PATULECO: defectuoso para caminar.

PAUJIL: pavo de monte.

- PICA: camino entre montes.
 PICHONA: adolescente.
 PIJAZO: golpe.
 PINTÓN: maduro a medias.
 POYATA: playa diminuta e inestable.
 QUISQUE: dizque.
 RANCHO: casa con techo de palmas.
 RANCHERÍA: conjunto de ranchos o chozas que forman una especie de poblado.
 REJO: correa de cuero torcido.
 REQUEMADO: gallo de color marrón oscuro.
 REMOLINO: agua violenta que va en distintas direcciones.
 RIBAZÓN: conjunto de pescados que suben o bajan.
 RETOZANDO: que salta en la carrera con entusiasmo.
 RAUDAL: sabanas cubiertas de agua.
 RUBIERA: desaguisado, atropello.
 SILBÓN: que silba. Espanto que sale en el edo. Portuguesa.
 SOROPO: pared hecha con hojas de palma.
 SUTE: muchacho barrigón o huérfano.
 TARRAYA: atarraya; tipo de red grande para pesca.
 TULLÍO: persona inválida, que no puede caminar.
 TRAMOJO: triángulo de madera que se le pone en el cuello a los animales para que no entren a determinados sitios.
 TRANQUERO: portón de entrar al fundo o corral.
 TROCHAR: recorrer la trocha, el camino.
 TROMPILLO: árbol de madera muy fina.
 TUCOS: pantalones cortos.
 VELORIO: culto que se rinde a un santo o a un muerto.
 VEGUERO: granjero.
 ZAMBO: gallo. De diversos tipos: zambo claro, zambo giro, zambo negro, etc.
 ZAMPAR: dar, proveer.
 ZÁNGANO: holgazán o tratamiento insultante o despectivo, sin que indique exactamente que alguien no trabaja.
 ZUMBA QUE ZUMBA: son llanero.

Índice

Nota editorial	7
Presentación	9
El llano era de nosotros	13
El tiempo pasa volando	23
Vaquerías y folklore	27
Verano y tragedia	71
Un día trágico	85
De sorpresa en sorpresa	89
Vocabulario regional	97



Se terminó de imprimir en *marzo de 2014*
en la Editorial Pentagráfica,
la edición consta de 3.000 ejemplares
Caracas, Venezuela.

El llano era de nosotros

Es una historia que captura el imaginario llanero mediante la representación de sus paisajes, su gente y sus costumbres. El autor nos acerca al tradicional estilo de vida con el que muchos de los personajes de este relato se identifican en contraposición a otros, cuya innegable admiración por la vida urbana los aleja de sus raíces culturales; en *El llano era de nosotros* vemos cómo se enfrentan esos dos ideales: aquél del país que fuimos y aquél que nos impusieron; a la vez que se desarrollan distintas historias de amor en medio de esa atmósfera de remembranza que viven estos nostálgicos llaneros.

Rafael Martínez Arteaga
“El Cazador Novato”

(Jurupal, Arauca-Colombia, 1940)

Amansador de caballos, compositor, músico y coplero. Es uno de los emblemas vivientes de la música llanera. En 1956 participó en el Primer Encuentro Nacional de Folclor en el que obtuvo el primer lugar como compositor e intérprete. En 1966 recibió el galardón del Primer Torneo Internacional del Joropo con su primera canción titulada “Llanura, yo soy tu hijo”. Luego de ganar una serie de concursos grabó su primer disco, que incluía el éxito con cuyo título sería reconocido y nombrado luego: “El Cazador Novato”.



9 789801 427537